

LOS SITIOS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA (1808-1814): MUCHO MÁS QUE MITOS.

Francisco Escribano

Artículo publicado en la *Revista de Historia Militar*, número extraordinario “La Guerra de la Independencia, una visión militar”, año LIII (2009), pp. 195-237.

Resumen:

La guerra de sitios es uno de los aspectos más peculiares de la Guerra de la Independencia. En este artículo se pretende remarcar su importancia en la conducción global del conflicto, considerando en su conjunto los teatros de operaciones de España y Portugal.

Las operaciones de asedio a plazas fuertes y ciudades fueron escasas en las campañas napoleónicas, excepto en la Península Ibérica, donde el difícil relieve y las malas comunicaciones imponían la ocupación de plazas fuertes y ciudades, obligando a los ejércitos a derrotar a fuerzas bloqueadas que en otros países habrían sido simplemente desbordadas. Todo ello causó un gran efecto sobre las operaciones, especialmente en el caso de los franceses.

Inicialmente se describen los procedimientos de defensa y ataque, así como los cambios introducidos por Napoleón. A continuación se analizarán las causas del gran número de asedios en la Península, las fases y alternancias entre teatros de operaciones y sus consecuencias sobre la estrategia global francesa.

Palabras clave: “Guerra de la Independencia”, “sitios”, “asedios”

Siege war is one the most peculiar faces of the Peninsular War. In this article it is remarked its importance in the whole conduction of the war, considering altogether the Portuguese and Spanish theatres.

Siege operations were rare at the Napoleonic Wars, except in the Iberian Peninsula, where the difficult terrain and the bad communications imposed the occupation of strong points and towns, forcing the armies to defeat blocked forces that in other countries were over flown , causing a great effect over the operations, with special sight to the French case.

The first step is the description of the defence and attack procedures and the changes introduced by Napoleon. Later on, we will analyse the causes of the high number of sieges in the Peninsula, the phases, alternances between theatres of operations and the consequences over the global French strategy.

Key words: “Peninsular War”, “siege”.

LOS SITIOS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA (1808-1814): MUCHO MÁS QUE MITOS.

Francisco Escribano

En cualquier publicación referida a la Guerra de la Independencia que aborde sus aspectos militares se analizan los ejércitos enfrentados y sus campañas, así como su formación y mantenimiento, procedimientos tácticos y objetivos operacionales. Y además se suelen destacar como peculiaridades en relación con el resto de las guerras napoleónicas dos tipos de combate: la guerrilla y los sitios.

Normalmente se le dedica a continuación un amplio espacio a los guerrilleros, aureolados con un cierto halo romántico y olvidando que muchos de ellos eran militares encuadrados en unidades regulares, cuya única, pero importante, diferencia respecto al resto del Ejército es que actuaban de una forma distinta, con golpes de mano, incursiones o desembarcos, y siempre rehuyendo el choque frontal con las tropas francesas, superiores en instrucción, equipo y táctica. Del mismo modo, hay un reguero continuo de publicaciones específicas sobre la guerrilla y los guerrilleros.

Sin embargo, en los mismos libros que dedican muchas páginas a las hazañas guerrilleras podemos ver que a los sitios o se los trata de pasada o se profundiza excesivamente en “batallitas” o cuestiones anecdóticas. De hecho, siguen siendo habituales los trabajos de Historia Local referidos a tal o cual “sitio” y las proezas o mezquindades de sus particulares “héroes”, tratados todavía con un cierto tono épico (Agustina, Álvarez de Castro, Herrasti, Menacho...). O sencillamente se da por sabido que hubo una guerra de sitios, que tuvo una importancia notable en la guerra y se informa de las fechas y bajas de los principales asedios. Pero falta un análisis profundo, sistemático, de las características y repercusiones que tuvieron los asedios sobre el esfuerzo bélico global de los contendientes.

El mismo fenómeno se produce si se estudia el conflicto desde el punto de vista británico, pues las victorias de Wellington en las batallas de Talavera, Albuera, Arapiles, Vitoria o San Marcial ocultan que la mayor parte de su larga estancia en la Península (cuatro años y medio) la dedicó a acciones defensivas o a asedios de plazas como Badajoz, Ciudad Rodrigo, Burgos o San Sebastián¹. En este caso, además, se suele resaltar el papel de los guerrilleros como forma de obviar la actuación de los ejércitos españoles en otros teatros peninsulares más o menos alejados del refugio portugués (Galicia, Cádiz, Valencia, Cataluña...).

En cualquier caso, no hay duda de que la guerra de sitios tuvo una notable importancia en el desarrollo de las operaciones bélicas. Aunque los asedios a ciudades, líneas fortificadas y fortalezas habían sido una constante en las guerras desde la Antigüedad hasta el siglo XVIII, en el umbral del siglo XIX estaban perdiendo gran parte de su trascendencia ante los avances técnicos en las armas de fuego. Pero en el caso de nuestra Guerra de la Independencia llegó a haber un número de ellos tan importante que se merecen una reflexión, pues no sólo hubo intentos de conquistar plazas fuertes, sino también numerosos hechos menores que tuvieron por escenario los puestos fortificados por los franceses para asegurar el control de las comunicaciones y el territorio:

¹ Como ejemplo, baste citar una reciente publicación de una editorial de divulgación internacional como Osprey, que a pesar de su título de *Fortresses of the Peninsular War*, sólo dedica dos párrafos a los asedios protagonizados por españoles (como sitiados o como sitiadores), indicando simplemente que “there were several sieges in Spain and Portugal, from Tarifa in the south to San Sebastian in the north, but in this book we will focus on *the big four*, those of Ciudad Rodrigo, Badajoz, Burgos and San Sebastian in great detail”. FLETCHER, Ian: *Fortresses of the Peninsular War 1808-14*. Osprey Publishing, Oxford, 2003, p. 15.

Nuestra Guerra de la Independencia fue el último recurso generalizado a este tipo de guerra, que tuvo su final en Sebastopol o Stalingrado. En Cataluña se produjeron los sitios de Girona, Lleida, Tarragona, Rosas, Tortosa, y un puñado más de pequeñas poblaciones y fortalezas; en Valencia, la misma capital, Peñíscola y Murviedro; en León, Astorga y Ciudad Rodrigo; en Extremadura, Badajoz y Olivenza; en Andalucía, Cádiz y Tarifa y, en Aragón, por dos veces, Zaragoza².

Por ello en este artículo se pretende resaltar la importancia de la guerra de sitios en el conjunto del conflicto, dejando de lado los mitos y la minuciosidad de las hazañas bélicas, y fijando la atención en cómo influían los asedios en teatros de operaciones situados incluso a cientos de kilómetros.

LAS CIUDADES Y SU DEFENSA. LA GUERRA DE ASEDIOS EN LA EDAD MODERNA³.

Desde la Antigüedad, los hombres habían protegido sus poblaciones y recursos económicos detrás de murallas cada vez más altas. El cambio en este esquema se produjo con la aparición de las armas de fuego en el campo de batalla. Aunque inicialmente tenían poca capacidad de penetración, escasa precisión y menor fiabilidad (casi provocaban más bajas en los propios artilleros que servían en las piezas que en el enemigo), una muralla en altura era muy vulnerable al ataque artillero. Por ello, a finales del siglo XV y posteriormente en el siglo XVI empezó a reducirse la altura y aumentar la profundidad de las fortificaciones creando los denominados “baluartes”, fortificaciones adelantadas a la muralla principal y equipadas con sus propias piezas artilleras. Se conseguía así alejar los asentamientos artilleros del atacante de los objetivos importantes dentro de la ciudad. Y esta tendencia continuó y se agudizó durante los siglos XVII y XVIII, debido al aumento en el alcance, la precisión y la potencia de las armas de fuego, por lo que el sistema abaluartado de la época renacentista fue evolucionando hacia otro más complejo, mucho más técnico, hasta el final de la Edad Moderna⁴.

Los ejércitos a la defensiva se acogían a estos puntos fuertes, preparados de antemano y próximos a la frontera o a nudos de comunicación, para ganar tiempo, detener o retardar el avance de los invasores y hacer posible la formación y el despliegue del ejército que debía reaccionar ofensivamente contra los sitiadores. Defenderse allí ofrecía la ventaja del obstáculo, que multiplicaba la eficacia del fuego propio y disminuía la del adversario. Además, en las batallas se combatía en pie, a pecho descubierto, mientras que desde las murallas el defensor contaba con el espesor de los muros y la protección de almenas y aspilleras.

Para ello se utilizaban las técnicas que toman el nombre del francés Sébastien Le Preste de Vauban (1633-1707), similares a las desarrolladas en esos mismos años por Sebastián Fernández de Medrano (1646-1705), un español que trabajaba en los Países Bajos, o Jorge Próspero de Verboom (1667-1744), fundador del Arma de Ingenieros española. Todos llegaron a las mismas conclusiones, hasta cierto punto obvias: a un enemigo con una artillería poderosa y que quisiera acercarse a abrir brecha en la muralla, había que alejarle mediante la construcción de baluartes artillados que crearan un perímetro estrellado, incluso con posiciones avanzadas⁵. Además se creaban espacios en los que se

² CASSINELLO PÉREZ, Andrés: “Evolución de las campañas militares”, en MOLINER, A. (ed.), *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*. Nabla Ediciones, Barcelona, 2007, p. 85.

³ Hay un completo estudio sobre cuestiones técnicas de asedio en HERRERO PÉREZ, José Vicente: “La guerra de fortalezas en el periodo napoleónico (1796-1815)”, en *Revista de Historia Militar*, 91, 2001.

⁴ En CARRILLO DE ALBORNOZ Y GALBEÑO, Juan: “La fortificación abaluartada de la frontera”, en *Boletín de información del CESEDEN*, 299, 2007, hay un conciso pero completo resumen de la evolución de la fortificación entre los siglos XV y XVIII.

⁵ Los denominados “revellines”, definidos como “obra que comprende dos caras formando un ángulo saliente. Se construyen delante de una cortina para cubrir los flancos opuestos de los baluartes vecinos. El nombre revellín sólo lo usan los ingenieros, las gentes de guerra le llaman impropiaemente *media-luna*. Definido también como *baluarte cortado*”. GAGO, F. y TEJEDO, F. (ed,s): *Diccionario militar de Raimundo Sanz de 1749*. Institución “Fernando el Católico”, Zaragoza, 2007, p. 91.

cruzarán los fuegos de los diversos bastiones y anchos fosos en los que el asaltante quedase a merced de las armas ligeras de los defensores.

El ejemplo más destacado en España era el castillo de San Fernando de Figueras, cuya construcción comenzó en 1753. Su trazado está lleno de ángulos y aristas, de manera que era muy difícil acercarse a él, máxime por estar elevado sobre el terreno circundante, dominando todas las vías de penetración desde la próxima frontera francesa. Se trataba de una fortificación poderosísima en la que estaba previsto que hubiera incluso un regimiento de caballería. Con ello se pretendía que la guarnición se encerrara y desde el castillo pudiera hacer salidas para cortar las penetraciones francesas, bien por la costa, bien por el interior. Casos parecidos eran los de las ciudadelas de Pamplona y de Jaca, en ambos casos levantadas en la época de Felipe II, pero que habían ido adaptándose a la evolución de la artillería, rebajando las murallas y aumentando los fosos y baluartes. Es preciso tener en cuenta que estas fortificaciones eran muy costosas, tanto en dinero como en medios humanos, por lo que sólo se construían en puntos muy destacados, como pasos fronterizos o puertos que pudieran sufrir incursiones desde el mar.

Caso distinto era el de las numerosas plazas fuertes basadas en recintos y poblaciones con viejas murallas romanas, castillos medievales o incluso grandes conventos extramuros. Se conseguía su actualización mediante la reducción de la altura de los muros, la adición de reductos exteriores, la instalación de baluartes y la construcción de fosos o escarpes, que permitían alejar el objetivo de los posibles asentamientos artilleros y disminuir los efectos de sus impactos. Quizá el caso más característico era el de Badajoz, ciudad fronteriza y escenario de guerras a lo largo de los siglos XVI y XVII e importante nudo de comunicaciones, cuyas fortificaciones incluían murallas romanas, castillo musulmán y baluartes y fosos modernos. El resultado era un dispositivo defensivo que fue asediado cuatro veces entre enero de 1810 y abril de 1812 y que aún hoy día se puede seguir perfectamente en el trazado urbano de la ciudad.

Un ejemplo mixto, quizá el más completo que se puede encontrar en España, es el de Barcelona. Contaba con el castillo de Montjuich en una zona dominante en la montaña, que permitía batir tanto la bocana del puerto como las aproximaciones terrestres e incluso la propia ciudad en caso de sublevación o secesión. El casco urbano se protegía tras sus antiguas murallas, con un trazado defensivo modernizado con sus correspondientes fosos y bastiones. Por último, contaba con una ciudadela junto al puerto, levantada tras la Guerra de Sucesión con una doble función; por un lado permitir que la guarnición se refugiara en ella para continuar con la defensa cuando el resto cayera, y por otro servir como acuartelamiento al ejército en su misión de fuerza de orden público ante posibles altercados dentro de la ciudad. Además había unos reductos exteriores que cubrían las incursiones por la playa y las vías de aproximación, consiguiendo así que los asentamientos artilleros de un posible sitiador tuvieran que alejarse un poco más; estas posiciones avanzadas se daban por perdidas, pues con ellas sólo se pretendía ganar tres o cuatro días, pero causando desgaste y bajas al enemigo, antes de que alcanzase las fortificaciones principales.



Barcelona en 1806
(Biblioteca Nacional)

Un último caso, muy destacado en la Guerra de la Independencia de España, era el de las ciudades nada preparadas para un asedio moderno, pues apenas estaban rodeadas por tapias de conventos, lienzo de murallas (romanas, árabes o de la Reconquista) y puertas cuya función no era defensiva sino fiscal, pues con ellas sólo se pretendía cobrar aranceles a quienes quisieran comerciar en su interior. Era el caso de Madrid, Valencia o Zaragoza, ciudades con un gran perímetro, cuya modernización habría sido muy costosa. De hechos, los asedios mejor planteados por los defensores tuvieron como escenarios Gerona, Badajoz, Astorga, Ciudad Rodrigo o Burgos, todas ellas ciudades pequeñas, con un máximo de cinco o diez mil habitantes. Sin embargo, Valencia contaba con 100.000 y Zaragoza casi 50.000, por lo que su defensa tuvo mucho de improvisación y poca óptica militar.

Los planes de defensa.

Para defender una plaza fuerte era muy importante el planeamiento de los fuegos, pues todas las fortificaciones tenían inicialmente superioridad sobre cualquier atacante. Hay que pensar que los defensores estaban en una posición prevista y con la defensa perfectamente preparada; se habían estudiado posibles objetivos y ángulos de tiro; tenían los asentamientos cubiertos, los polvorines llenos y bien ventilados, contaban con servicio de bomberos; el aljibe estaba lleno de agua y los almacenes de víveres... Por contra, el atacante se movía en un territorio normalmente hostil, no contaba con tanta preparación y tenía que empezar por crear una base logística que alimentase la campaña y unos asentamientos artilleros en una zona batida. Así pues, los sitiados tenían superioridad sobre los sitiadores en un momento clave como era el comienzo del asedio. Un caso ejemplar en este sentido fue el de la defensa de Badajoz en 1811, donde los franceses mandados por Philippon llegaron a retirar la tierra en los lugares donde habían de emplazarse las baterías atacantes, dejando al aire la roca madre e impidiendo así la excavación de trinchera.

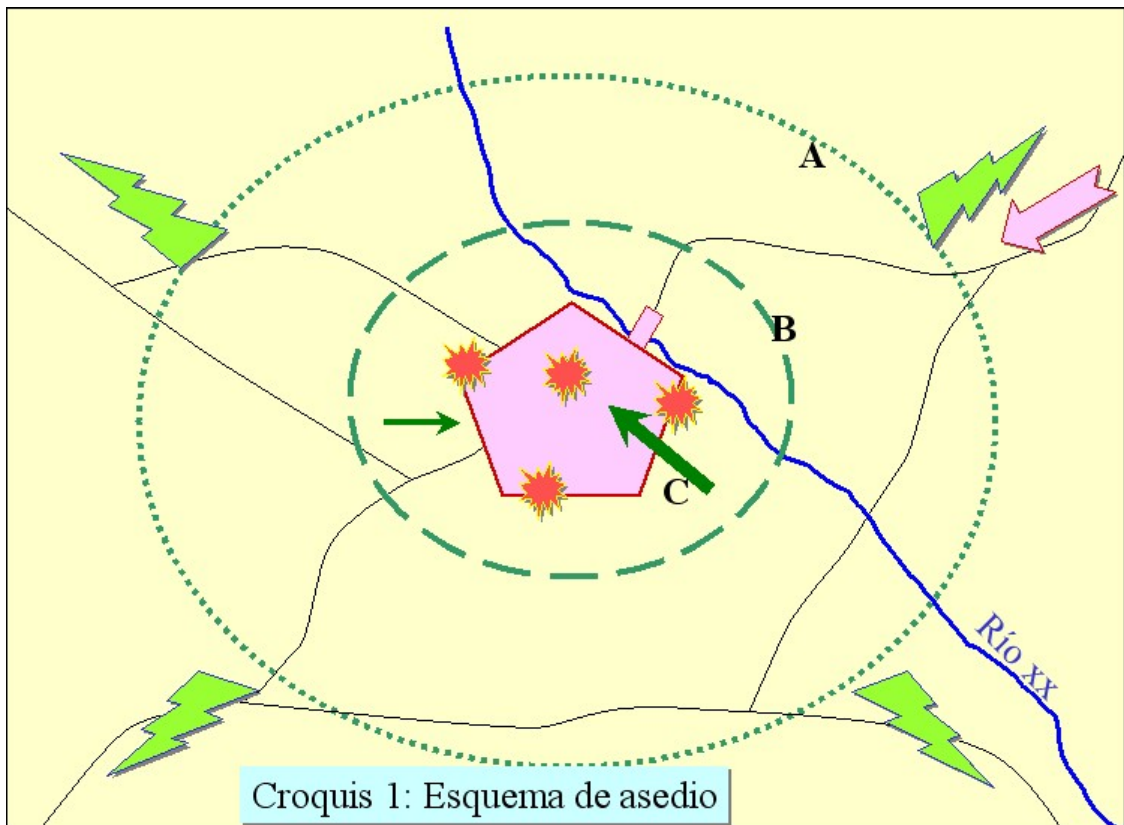
En cualquier caso, no bastaba con encerrarse tras las murallas, sino que había que efectuar salidas contra los posibles atacantes y ganar tiempo para que se organizase otra línea de defensa o viniera un ejército a socorrer a los sitiados. En la Guerra de la Independencia no fue habitual la actuación de esas fuerzas de rescate que pueda liberar a los asediados españoles; y cuando las hubo, se basaban en milicias reclutadas precipitadamente y fueron fácilmente derrotadas por los franceses (como fue el caso de Zaragoza con la batalla de Leciñena). Por el contrario, los ingleses sí tuvieron que levantar varios asedios ante la amenaza de unidades francesas e incluso plantearon grandes batallas defensivas asociadas a los asedios, como son los casos de Albuera, Fuentes de Oñoro o Sorrauren. Además, los generales españoles cayeron en demasiadas ocasiones en la tentación de introducir todas sus tropas en las plazas fuertes, bien por una falsa apariencia de seguridad, bien esperando la improbable victoria de algún ejército aliado cercano:

La caída de Zaragoza fue un golpe demoledor para los españoles, pues casi todas las tropas disponibles en Aragón habían sido enviadas a la defensa de la ciudad y sucumbieron allí. Como resultado, Aragón quedó casi desprovisto de fuerzas organizadas españolas a comienzos de 1809. De igual modo, los éxitos de Suchet en el Bajo Ebro y Levante en 1810 y 1811 se vieron facilitados por la defectuosa estrategia del general Blake, quien no supo coordinar la defensa de las plazas fuertes con operaciones de su ejército de campaña contra la vulnerable línea de comunicaciones francesa⁶.

Los procedimientos de ataque.

¿Cómo se atacaba una fortificación de este tipo? Hasta el siglo XVII se creaba una segunda muralla, rodeando completamente la de la ciudad, de manera que se colocaban baluartes artillados hacia dentro (*línea de contravalación*) y hacia fuera (*línea de circunvalación*). El sitiador quedaba así a su vez sitiado, con una fortificación de campaña que atacaba a los sitiados y a su vez se defendía de los posibles ejércitos que vinieran a socorrer a la ciudad sitiada. Era un método costosísimo, que requería gran superioridad de fuerzas y se basaba en el principio de que las plazas fuertes eran inexpugnables, por lo que sólo cabía rendirlas por hambre, epidemia o desesperación después de que tras muchos meses no vinieran a socorrerlas (por ejemplo, el famoso sitio de Breda en 1625).

⁶ HERRERO PÉREZ, José Vicente: op.cit., p. 137.



Pero igual que se habían desarrollado los procedimientos de defensa de plaza, también habían aparecido los de ataque. En la guerra del siglo XVIII había que conseguir la victoria más rápido, por lo que era preciso adoptar una actitud más agresiva, sin partir del principio de que la fortaleza fuera inexpugnable. Había tres fases en el asedio, no necesariamente consecutivas, pues la rendición de la plaza o la llegada de un ejército de ayuda podían producirse en cualquiera de ellas (ver croquis 1):

- En la primera se situaba una fuerza que vigilara los movimientos de la guarnición de la ciudad y diera la alarma si se producía una salida de las fuerzas, que serían inmediatamente interceptadas. Sólo se precisaban unas patrullas de caballería y algunos controles de caminos, en general bastante alejados de la plaza. Además, el sitiador empezaba a lanzar unidades de Caballería e Infantería Ligera para asegurar el apoyo logístico (capturando rebaños, saqueando bodegas y graneros, descubriendo minas de sal...) y despejar el terreno en muchos kilómetros alrededor. Hay que pensar en el caso de Zaragoza, en que esas acciones llegaron a Alcañiz, Calatayud o Daroca, mientras mantenían el corredor seguro hasta Pamplona (A).
- En la segunda se producía un verdadero bloqueo de la ciudad con un número de tropas mucho mayor, que impedía que nadie saliera ni entrara de la fortaleza. Esto suponía el aislamiento logístico, que por sí solo podía conducir a la rendición por hambruna o enfermedad. Normalmente se acompañaba con el bombardeo artillero, a fin de ir derribando defensas y minando la moral de los sitiados (B).
- En la tercera, la más complicada de todas, se procedía al asedio en regla, intentando abrir una brecha en las murallas de la ciudad para forzar la capitulación y, si ésta no se producía, al asalto por parte de la Infantería. Estas operaciones requerían mucho tiempo y eran muy costosas, pues había que lanzar al menos dos direcciones de ataque, de forma que el defensor no supiera dónde iba a volcarse el esfuerzo principal. Además, debía contarse con unidades que sirvieran de cobertura para impedir que una fuerza exterior socorriera la ciudad. Y la estancia prolongada de una gran unidad sobre una zona reducida provocaba su rápido agotamiento logístico, al que hay que sumar el desgaste en personal y medios que producía la lucha en trincheras, minas, baterías y combates callejeros (C).

En el caso de llegar a esta tercera fase, se precisaba trazar un sistema de trincheras “paralelas” al perímetro defensivo. Para su formación se aprovechaban los ribazos, caminos y acequias, donde se colocaban parapetos, inicialmente con sacos terreros o faginas, procedimientos muy ligeros, que posteriormente se iban perfeccionando al cavar el terreno. El trabajo fundamental de cada paralela se hacía en una noche, de manera que al amanecer los defensores ya no pudieran ver a los zapadores trabajando y éstos contaran con protección. En noches posteriores se iba perfeccionando su trazado y características⁷. La primera se disponía fuera del alcance de las piezas de la fortificación defensiva, en el límite de las mismas, y en ella se colocaban unas baterías adelantadas; con sus fuegos de cobertura y de contrabatería (tanto directos como curvos, por el segundo sector) se pretendía que los defensores no pudieran cebarse sobre los ingenieros, que iban abriendo las trincheras en zigzag llamadas “aproches”. Se iba avanzando así hasta más o menos la mitad de la distancia entre la primera paralela y la fortificación, donde se disponía una segunda paralela y se volvían a adelantar baterías para dar fuegos de cobertura más próximos. A continuación se lanzaban nuevos aproches hasta crear una tercera paralela, prácticamente a los pies de la muralla.

Desde esta tercera paralela se lanzaba el asalto con la cobertura de unas baterías específicas de brecha, muy potentes, con las que se hacían sobre todo tiros directos (con gran carga de proyección, para derribar trozos de muralla) o de rebote (con menos pólvora, para que la bala volara más lenta, rebotara en el interior de los baluartes defensivos y causara más bajas y daños). El resultado buscado era crear un hueco en la muralla, por el que pudiera entrar la Infantería Ligera al asalto. Otra posibilidad para abrir la brecha era mediante una mina, un túnel que llevaba hasta los pies de la muralla, donde se hacía estallar una gran carga de pólvora. Se trataba de un momento crítico, pues había que coordinar perfectamente la explosión con los fuegos de las baterías de brecha y el salto de los fusileros. Además, era habitual que el defensor hubiera hecho su propia contramina, para hacerla estallar en el momento en que los asaltantes cruzaran la brecha.

A este esquema hay que añadirle que el atacante debía intentar dividir los esfuerzos de los defensores y para ello tenía que desarrollar al menos dos posibles direcciones de asalto, una principal y otra secundaria, de manera que el asediado no supiera por dónde se iba a realizar el esfuerzo principal⁸.

En este momento ya se habrían consumido más de treinta días de asedio, por lo que la plaza asediada debía de tener serios problemas de moral y logística, pues la carencia de alimentos frescos y el hacinamiento en baluartes y refugios aumentaban la probabilidad de epidemias, en tanto empezaban a faltar las municiones y la pólvora. Era el momento de pedir una capitulación, que podía ser aceptada antes o después de la apertura de la brecha y su correspondiente asalto. Las viejas convenciones del siglo XVIII permitían que un defensor pudiera rendirse con honor si la brecha se hacía practicable, las defensas eran destruidas o si la enfermedad y el hambre hacían mella en su guarnición. Sin embargo, Napoleón amenazó con el fusilamiento a los comandantes de plaza que se rindieran en la Península, mientras que no pocas guarniciones españolas resistieron tenazmente en circunstancias desfavorables. Una vez más destaca el caso de Zaragoza, que en el Primer Sitio no contaba con murallas (eran simples tapias de conventos) y tenía escasa tropa regular, con especial carencia de artilleros; aún así, una mezcla de soldados y paisanos rechazó varios asaltos directos y frenó a las tropas francesas una vez habían introducido una importante cuña dentro del casco urbano. Y en el Segundo Sitio se llegó al extremo excepcional de tener que emplear la guerra de minas (inicialmente reservada para el derribo de murallas) en el combate callejero para ocupar manzanas o incluso casas⁹:

⁷ En GAGO, F. y TEJEDO, F.: op.cit., pp. 115-117, voz “trinchera o línea de ataque”, hay una completa e interesante descripción de la época sobre el procedimiento y técnicas de realización de un asedio. También en PÉREZ FRANCÉS, José Antonio: “Artilleros e Ingenieros en la época de la Ilustración”, en VV.AA., *Luz y rito de Los Sitios de Zaragoza*. Zaragoza, Fundación 2008. Zaragoza, 2005, pp. 167-177, hay un buen resumen sobre “Fortificación y Poliorcética”.

⁸ LLAVE, Joaquín. (1908). “La fortificación y la poliorcética durante la Guerra de la Independencia”, en *Memorial de Ingenieros del Ejército*, V (mayo), 1908, pp. 226-236.

⁹ BANÚS, Carlos: “El empleo de las minas en los sitios”, en *Memorial de Ingenieros del Ejército*, V (mayo), 1908, p. 249.

[El 27 de enero de 1809...] comienza una nueva serie de operaciones que distingue particularmente el sitio de Zaragoza. Las defensas regulares habían cedido a nuestros esfuerzos, los muros exteriores estaban destruidos, pero al caer dejaron ver cuál era aún la fuerza interior de la ciudad. Decididos a defender palmo a palmo el terreno, los españoles habían hecho grandes cortes en las calles y aspillerado las casas. Los palacios, conventos y casas principales habían sido transformadas en auténticas ciudadelas y estaban ocupadas por guarniciones provistas de armas, víveres y municiones. Se comprendió que un ataque a viva fuerza contra un enemigo que había hecho tales disposiciones sería una temeridad que costaría cara, sin poder ser justificada por el éxito. Se decidió entonces caminar a cubierto mientras fuera posible y avanzar lentamente, pero sobre seguro, para no desanimar a las tropas con pérdidas demasiado elevadas¹⁰.

Se llevaba así al extremo lo establecido en el reglamento español de Ingenieros militares de 1801, acerca de que “cuando el enemigo esté definitivamente instalado en la brecha, si el gobernador creyera que puede sobrepasar los límites de una resistencia honorable, elevándola al grado de heroica, defendiendo las calles y las casas, tendrá entonces derecho a Nuestra Real Graciamerced”.

En cualquier caso, había que intentar no llegar a este punto. De ahí que junto al bombardeo o el asalto, otro método de capturar una plaza fuerte fuera el uso de alguna estratagema o de la sorpresa. Tales tretas fueron características de los momentos previos a la Guerra de la Independencia, dándose casos tan curiosos como la ocupación de la ciudadela de Pamplona al distraerse la guardia española viendo a unos soldados franceses jugar con la nieve mientras un grupo de asalto ocupaba el cuerpo de guardia (hay que tener en cuenta que los franceses eran todavía aliados, el 16 de febrero de 1808). Y en la ciudadela de Barcelona ocurrió algo parecido días después, cuando el general Lecchi estaba pasando revista a sus tropas y se detuvo sobre la puerta levadiza, distrayendo a la guardia mientras entraba un batallón de soldados italianos que ocupó la fortificación. Más arriesgada fue la recuperación española del castillo de Figueras, la noche del 10 al 11 de abril de 1811 (conocida como “la rovirada”), entrando por la puerta del almacén de víveres que daba al foso, debajo del puente levadizo, a la que era fácil llegar desde el exterior sin ser visto por los centinelas; tras conseguir una copia de la llave. El golpe de mano fue un éxito y los españoles ocuparon el castillo con un coste de un muerto y dos heridos, frente a los treinta y un muertos, veinticinco heridos y mil seiscientos prisioneros franceses. De inmediato comenzó el asedio francés, que consiguió rendir a la guarnición española por hambre tras cuatro meses de bloqueo.

Otros ejemplos de golpes de mano audaces son la ocupación del Reducto Renaud en Ciudad Rodrigo (8 de enero de 1812) o la sorprendente entrada en Tortosa del Mariscal Suchet, quien, con unos cuantos granaderos y oficiales vestidos de gran gala, entró en la fortaleza por una brecha abierta, ante el asombro de los centinelas, paralizados por aquel golpe psicológico y teatral. Se comprende, pues, que ante una plaza fuerte había que intentar conseguir, como siempre en cualquier operación militar, la sorpresa, que el enemigo no supiera lo que se quería hacer, ni cómo ni cuándo se iba a ejecutar.

La logística: La pesadilla de los sitiadores.

Un aspecto fundamental a tener en cuenta es el enorme esfuerzo logístico a realizar por el sitiador. Mientras que el asediado podía tener sus almacenes, polvorines y aljibes llenos previamente, el atacante iba a estar inmóvil, esquilmando una zona pequeña de territorio (muy hostil, en el caso de los franceses en la Península Ibérica), por lo que no podía aplicarse el principio napoleónico de explotación de recursos locales, sino que había que traer los alimentos desde fuera.

Lo mismo ocurría con la pólvora y las municiones, con el agravante de la peculiaridad del tren de sitio, los grandes cañones y obuses que se precisaban para derribar las murallas. La pieza normal de asedio era el cañón de 24 libras (que disparaba un proyectil de casi doce kilos de peso): el cañón en sí pesaba más de tres mil kilos. Además, antes de comenzar un asedio, cada pieza debía contar con un mínimo de doscientas ó trescientas balas preparadas. Y cada disparo necesitaba de una carga de

¹⁰ BELMAS, J.: *Zaragoza, 1808 y 1809. Los Sitios de Zaragoza vistos por un francés*. Comuniter, Zaragoza, 2003, p. 99.

proyección de entre un cuarto y la mitad del peso de la bala, es decir, entre tres y seis kilos de pólvora, dependiendo de los efectos a alcanzar. Por tanto, estamos hablando de que cada cañón de asedio que se incorporaba a la operación suponía tres mil kilos de peso, otros tantos de munición y mil más de pólvora¹¹. Y mover tal peso y volumen por los difíciles caminos de la Península Ibérica era muy complicado.

Veamos el caso extremo de los británicos. Para asediar Ciudad Rodrigo tuvieron que traer los cañones desde los barcos fondeados en Lisboa; inicialmente los llevaron a Oporto, donde hubo que trasvasarlos a barcas para remontar el Duero, desembarcarlos en Lamego y trasladarlos, con su correspondiente pólvora y municiones, a través de las montañas, incluso abriendo nuevos caminos, hasta Almeida. La operación requirió sesenta días de transporte y mil carros de bueyes¹². Algo parecido ocurrió en el caso de Zaragoza, pues para plantear el segundo asedio los franceses llegaron a las puertas de la ciudad el 30 de noviembre, pero se replegaron y no volvieron a atacar hasta el 21 de diciembre. Entretanto, habían creado una gran base logística en Alagón, a veinte kilómetros de la ciudad asediada, donde acumularon municiones, material de fortificación y víveres gracias a la requisita de todos los carromatos de Navarra y el empleo del Canal Imperial de Aragón, una de las pocas vías de comunicación de este tipo en España.

Pero sobre todo, los sitios suponían un excepcional esfuerzo de personal, por las bajas, el cansancio y el desgaste psicológico de las tropas. El punto principal era la imprescindible evacuación sanitaria. En un combate de la época había un cierto desprecio por los heridos, que se quedaban en el campo de batalla y eran recogidos más tarde, ya que la lucha sólo duraba cinco ó seis horas. Y el combatiente estaba tan implicado en el combate que veía más o menos normal que un compañero suyo cayera herido y se quedara atrás, confiando en que alguien le recogería. Pero en un asedio el herido se quedaba *in situ*, en la misma batería o la misma barricada en la que seguían combatiendo sus compañeros. Por ello había que retirarlo, tanto porque “estorbaba” como por el efecto del espectáculo del sufrimiento del herido, que aumentaba la probabilidad de desertión y desmoralización de sus compañeros. Por ello había que crear una logística que no estaba prevista hasta ese momento, la de evacuación sanitaria inmediata de los heridos implicando a personal y medios que no podía dedicarse a otros cometidos. Lo que ocurría en los hospitales de retaguardia era atroz, pero al menos no tenía lugar ante los ojos del resto de los combatientes.

A ello había que añadir la precaria alimentación y la proliferación de enfermedades por el hacinamiento en las trincheras y la vida al raso. A fin de reducir la fatiga, la práctica habitual era turnar las unidades sitiadoras en las trincheras en periodos de veinticuatro horas. Pero en las obras de asedio del Segundo Sitio de Zaragoza llegó a darse el caso de que algunos soldados franceses no fueron relevados en setenta y dos horas y caían dormidos tras los montones de tierra acumulados tras excavar toda la noche. El resultado de ese combate de días y días en posición, con malas comidas, gran número de bajas y mucho cansancio era que la moral se resintiera, y el soldado asumiera que existía una alta probabilidad de resultar herido o muerto, con lo cual era muy problemático para el sitiador mantener la disciplina y cohesión de la unidad, a fin de continuar combatiendo.

La principal conclusión a la que llegamos es que el sitiador precisaba gran cantidad de fuerzas para completar con éxito un asedio. Para penetrar por la brecha principal había que engañar al defensor con el esfuerzo secundario, por lo que tenía que haber más o menos la misma artillería y los mismos zapadores en ambas líneas de aproximación. Además, había que mantener el bloqueo a quince o veinte kilómetros de la plaza y enviar alguna brigada de Caballería o división de Infantería (que es lo que se utilizó en Leciñena) para frenar al refuerzo que pudiera venir para romper el cerco. Así llegamos al caso extremo del Segundo Sitio de Zaragoza, donde los franceses tenían casi cincuenta mil soldados, dos cuerpos de ejército, pero combatiendo en las calles apenas tres mil. Los otros cuarenta y siete mil estaban descansando tras su turno en las trincheras o las minas, dando cobertura a retaguardia, asegurando el apoyo logístico, sirviendo las baterías, retirando heridos.... Y todo eso

¹¹ Para detalles técnicos se puede consultar PÉREZ FRANCÉS, José Antonio: op.cit., pp. 148-158.

¹² Frederick Myatt dedica en su libro la misma extensión a la preparación del asedio y al sitio propiamente dicho. MYATT, Frederick: *British sieges of the Peninsular War*. Spellmount, Gloucestershire, 2008, pp. 47-61

durante más de dos meses, a los que habría que sumar las cuatro semanas de preparación y otras tantas para controlar la ciudad conquistada y recuperar las fuerzas implicadas¹³. Por tanto, el esfuerzo en un asedio supeditaba las posibilidades de todo un ejército e incluso sus objetivos operacionales y estratégicos, como vamos a ver posteriormente.

Los asedios en las guerras napoleónicas.

Hasta ahora hemos visto la teoría y la práctica del siglo XVIII. Pero ya antes de la Revolución Francesa se estaba dando una serie de cambios que hacían que la guerra de asedios fuera perdiendo el protagonismo de antaño. Por un lado se había acelerado el desarrollo técnico de la artillería, aumentando la ventaja relativa del atacante, pues era posible disparar más balas con la misma cantidad de pólvora, lo que permitía una relación entre coste y eficacia más favorable para el sitiador. Además, también había crecido notablemente su alcance y precisión, reduciendo de forma paralela el valor de las fortificaciones.

A ello hay que añadir que la incipiente revolución agrícola estaba creando excedentes de alimentos, con la correspondiente liberación de los ejércitos de sus colas logísticas de plazas fuertes y almacenes a retaguardia. Además, el transporte de tales excedentes a los núcleos urbanos había supuesto una notable mejoría en las vías de comunicación, que a su vez facilitó la movilidad, tanto táctica como estratégica, de los ejércitos.

Por otro lado, los asedios habían perdido algo del carácter de “juego de caballeros” que habían tenido durante siglos. Frente a la convención de entregar la plaza cuando el defensor comprendía que su posición era insostenible, en las guerras revolucionarias eran más numerosos los casos en que los sitiados continuaban combatiendo pese a que los atacantes habían abierto la brecha y penetrado por ella. Se trata, quizá, de una aplicación más del principio de “guerra total” adoptado por la Revolución Francesa. De hecho, el régimen republicano francés ordenó por ley en 1792 que una brecha debía ser defendida al menos contra un asalto. Aumentó así la probabilidad de que un asedio culminase con un asalto y diese paso al saqueo de la ciudad ocupada, aunque esto no fuera habitual en la Península, donde los franceses sólo cometieron excesos en Tarragona y Castro Urdiales, mientras que los ingleses no tuvieron compasión con los habitantes de Ciudad Rodrigo, Badajoz o San Sebastián.

Aunque Napoleón había destacado en los comienzos de su carrera en cuatro asedios (Tolón, Milán, Mantua y Acre), le disgustaba profundamente la guerra de sitios, por considerar que con este tipo de operaciones casi siempre se perdía un tiempo precioso que era imprescindible para mover el ejército y aplastar definitivamente al enemigo. Él no pretendía conquistar el terreno ni una posición estratégica desde la que negociar un tratado de paz favorable (como era lo habitual en el XVIII); su objetivo era destruir al ejército enemigo para imponer las condiciones de la paz al rey derrotado de turno. Para ello buscaba una penetración rápida y profunda, con la que conseguir una buena situación operacional y táctica en campo abierto. Y además contaba con un ejército masivo, de miles de hombres, por lo que podía permitirse dejar una unidad (de entidad brigada o incluso división), bloqueando una plaza fuerte, sin intentar atacarla, y seguir profundizando para buscar la batalla decisiva. Una vez que el ejército de campaña enemigo era derrotado, la caída de cualquier fortaleza (o su entrega en virtud de un tratado de paz) era cuestión de tiempo.

Por todo ello, en las grandes campañas napoleónicas en Europa central y oriental, los asedios desempeñaron un papel muy secundario y el único memorable entre 1805 y 1812 fue el de Danzig (1807). Eso sí, en los años finales del Emperador, éste acudió a la defensa de plazas fuertes como recurso desesperado para detener su caída y a partir de 1813 dejó efectivos considerables en fortalezas alemanas y polacas, así como en la frontera francesa. Sin embargo, aunque consiguieron fijar contingentes importantes de los ejércitos invasores (en el caso de Hamburgo durante más de un año), éstos aplicaron las enseñanzas de Bonaparte y se limitaron a bloquearlas mientras continuaban su penetración en Francia.

¹³ MARTÍNEZ FERRER, José María. *La Artillería y los Ingenieros en la Poliorcética del Segundo Sitio*. I Premio “Los Sitios de Zaragoza”. Ayuntamiento de Zaragoza, 1986, p. 58.

Sin embargo, en el caso de España, Napoleón se encontró con múltiples casos de asedio inesperados. Inicialmente se limitó a ocupar las plazas importantes en la frontera (Pamplona, Barcelona, San Sebastián, Pancorbo y Figueras) para asegurar las comunicaciones a retaguardia, dado que sus objetivos eran Lisboa, Madrid, Valencia y Cádiz. Por ello fue dejando sin ocupar algunas otras, a sabiendas de que podían ser peligrosas, seguramente pensando que caerían en sus manos al controlar el conjunto del Reino de España con su nuevo sistema político y dinastía. Se llamaban Zaragoza, Gerona, Badajoz, Ciudad Rodrigo...

LOS SITIOS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA.

Frente al retroceso de la guerra de asedios en los conflictos napoleónicos, en la Península Ibérica hubo un gran número de ellos, pues de los setenta y dos meses que van de mayo de 1808 a abril de 1814, sólo en ocho no se dieron operaciones importantes de sitio. Y entre junio de 1809 y octubre de 1812 siempre hubo en marcha al menos un asedio, llegando a coincidir en bastantes ocasiones hasta cinco de ellos. Aunque en algunos casos es muy complicado distinguir entre un golpe de mano, un asalto, un bloqueo, una capitulación un tanto “amistosa” o un sitio, se contabilizan más de cincuenta operaciones relacionadas con plazas fuertes o ciudades fortificadas. De ellas, más de treinta pueden considerarse asedios en toda regla, con una duración superior a los quince días, establecimiento de baterías y trincheras de asedio, apertura de brecha, etc. Entre los casos extremos de la entrega de Pancorbo en cumplimiento de una orden del Gobierno y el Segundo Sitio de Zaragoza, tenemos la defensa de la línea de Torres Vedras, el largo bloqueo de Hostalric, la capitulación de Valencia en 1812 como resultado de una nefasta campaña defensiva y otros muchos ejemplos distintos.

Además, para asegurar las comunicaciones frente a la actividad de las unidades guerrilleras, los franceses crearon una red de puntos de apoyo y bases de operaciones, que iban desde ciudades como Zaragoza hasta conventos fortificados con una guarnición de apenas cien hombres¹⁴. Este despliegue tan disperso dio lugar a un fenómeno muy peculiar (no contabilizado en el resumen anterior), el de los numerosos casos en que unidades guerrilleras bloqueaban a pequeñas fortificaciones francesas, sin poder asediarlas en regla ni atacarlas por la carencia de artillería pesada y medios de zapadores.

¿A qué se debió esta proliferación de asedios? Básicamente a las peculiaridades del territorio peninsular, muy compartimentado y con malas comunicaciones. Además, se trataba de regiones pobres, con una agricultura muy precaria y en el que se dependía en extremo de los almacenes y convoyes de abastecimiento y, por lo tanto, de líneas de comunicación seguras. Esas características geográficas hacían imprescindible el control de numerosos puntos a fin de asegurar las comunicaciones a retaguardia, por lo que los ejércitos debían ocupar físicamente posiciones y plazas fuertes que normalmente habrían dejado atrás.

Por consiguiente, los franceses tuvieron que afrontar numerosos asedios de ciudades durante su *Guerre d'Espagne*, bien sitiando, bien siendo sitiados. En unos casos porque esas plazas controlaban las rutas de paso en las fronteras franco-española (San Sebastián y Gerona) o hispano-lusa (Ciudad Rodrigo y Almeida; Badajoz y Olivenza); en otros porque eran focos de resistencia popular al invasor que debían de ser tomados para poder controlar las comarcas circundantes. De hecho, la progresión del mariscal Suchet hacia Valencia se vio jalonada por la ocupación de Lérida, Mequinenza, Tortosa, Tarragona, Sagunto, Oropesa y Peñíscola a lo largo de dieciocho meses. Desde el punto de vista de los franceses como sitiadores, podemos recordar una clasificación sencilla:

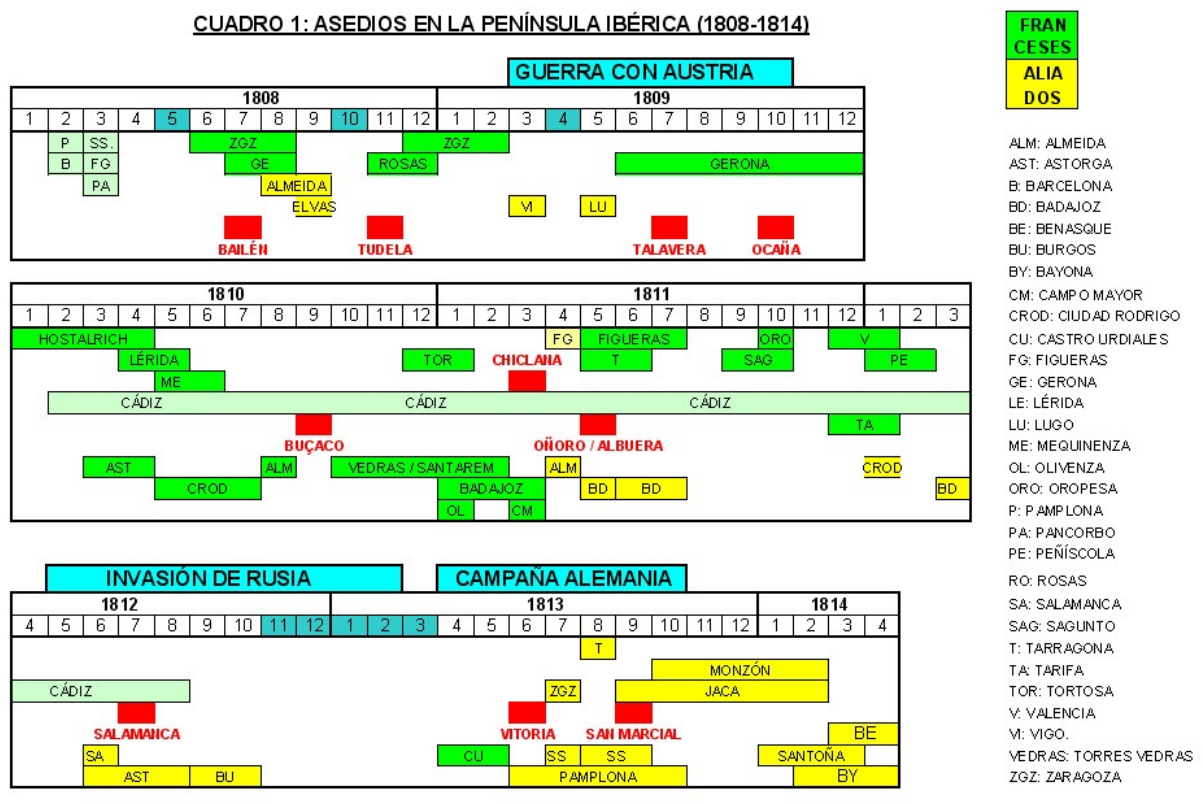
Todos los asedios que los napoleónidas hicieron, se debieron, como es presumible, a razones de orden meramente militar. Se puede hacer un esquema que las aclare y ordene: 1) Una ciudad importante de la que habría de irradiar la ocupación de un gran espacio geográfico: Zaragoza y Valencia. 2) Para facilitar

¹⁴ Hay una interesante descripción de este sistema de control territorial y de vías de comunicación mediante puestos fijos y columnas móviles. RODRÍGUEZ, J.: *Les fortifications pendant la Guerre d'Espagne (1808-1814). Evolution et enjeu des fortifications pendant la Guerre d'Indépendance espagnole: guerre conventionnelle et guerre d'occupation contre le guérilla*. Memoria inédita presentada a la Direction Générale de l'Enseignement et de la recherche, Saint-Cyr, 2006, pp. 73-78

la maniobra y despejar las vías de comunicación vitales en el movimiento de los ejércitos: el Puente de Piedra de Zaragoza, el Castillo de Tortosa, el Fuerte de Mequinenza y la roca de Peñíscola. 3) Como punto de apoyo para iniciar una gran ofensiva: Ciudad Rodrigo. 4) Para la custodia de las comunicaciones con Francia: Jaca y Gerona. 5) Como defensa de una conjunción geográfica, Lérida. 6) Como final de una operación: Astorga. 7) Para alcanzar cierto objetivo marítimo e impedir el apoyo de la Escuadra inglesa: Tortosa, Tarragona y Tarifa. 8) Como premisa necesaria y obligada para poder asediar otra plaza de mayor trascendencia: Sagunto y Olivenza¹⁵.

Por tanto, no es sorprendente que los dos comandantes con más éxito en la Península (el británico Wellesley y el francés Suchet) se vieran implicados en casi tantos asedios como batallas campales, de modo que en algunos casos el fracaso en el asedio deslucía las brillantes victorias obtenidas en el campo de batalla. Por ejemplo, la orden de Napoleón de construir recintos fortificados en la ciudad de Salamanca a finales de 1809, en previsión de que el ejército aliado tomara las fortalezas fronterizas de Ciudad Rodrigo y Badajoz y avanzara hacia el interior, resultó acertada, ya que en junio de 1812 Wellington tuvo que detenerse con una división en Salamanca hasta recibir las piezas de artillería y munición necesarias para asediar los fuertes. Y posteriormente, el ejército aliado de británicos, portugueses y españoles, pese a su gran victoria en la batalla de los Arapiles el 22 de julio de 1812, tuvo que detener su avance para acometer el asedio del castillo de Burgos. Esta situación la aprovecharon los franceses para reagrupar sus fuerzas y emprender una contraofensiva que envió de vuelta al ejército aliado a la frontera con Portugal a finales de ese mismo año.

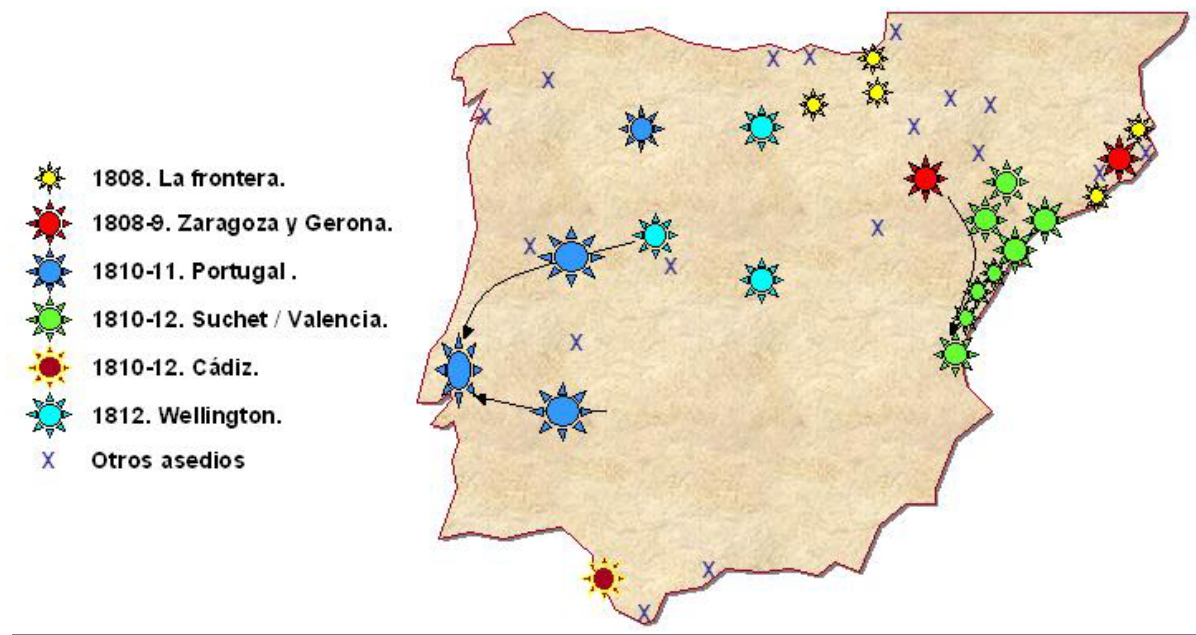
CUADRO 1: ASEDIOS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA (1808-1814)



Fases y escenarios.

En el cuadro 1 se han plasmado los principales asedios que tuvieron lugar en la Península Ibérica. Se han marcado tanto los protagonizados por los franceses como los de los aliados, así como algunas de las principales batallas, especialmente las relacionadas con ellos. A la vista del mismo, podemos plantearnos algunas preguntas: ¿qué ocurre cuando no hay asedios?, ¿por qué en abril de 1811 los franceses pasan de asediar a ser asediados en la frontera con Portugal?, ¿por qué las series de asedios aliados (principalmente británicos) se cortan abruptamente tanto en 1811 como 1812?

Las primeras respuestas son obvias al observar en el mismo cuadro los conflictos europeos. Así, la Guerra con Austria de 1809 supuso una notable reducción de efectivos franceses y la consiguiente ralentización de sus operaciones ofensivas, que tuvieron que limitarse a asegurar la posesión de Madrid (batallas de Talavera y Ocaña) y de las comunicaciones por el corredor mediterráneo (Sitio de Gerona). Del mismo modo, los franceses no volvieron a llevar a cabo operaciones de asedio tras la ocupación de Valencia a comienzos de 1812, justo cuando se retiraron miles de soldados para participar en la invasión de Rusia. Y las campañas de Alemania y Francia de 1813-14 se tradujeron en la Península en una franca retirada de los imperiales, plasmada en los numerosos casos en que ellos fueron los sitiados. De hecho, de forma análoga a la resistencia de guarniciones imperiales en Alemania, el último asedio de la *Guerre d'Espagne* fue el de Bayona, con soldados españoles cercando una ciudad francesa, en tanto pequeñas unidades francesas retenían plazas españolas bloqueadas hasta mayo de 1814 (Santoña, Barcelona, Sagunto...). Para entonces la guerra había terminado, Napoleón no era Emperador e incluso Fernando VII había regresado a España.



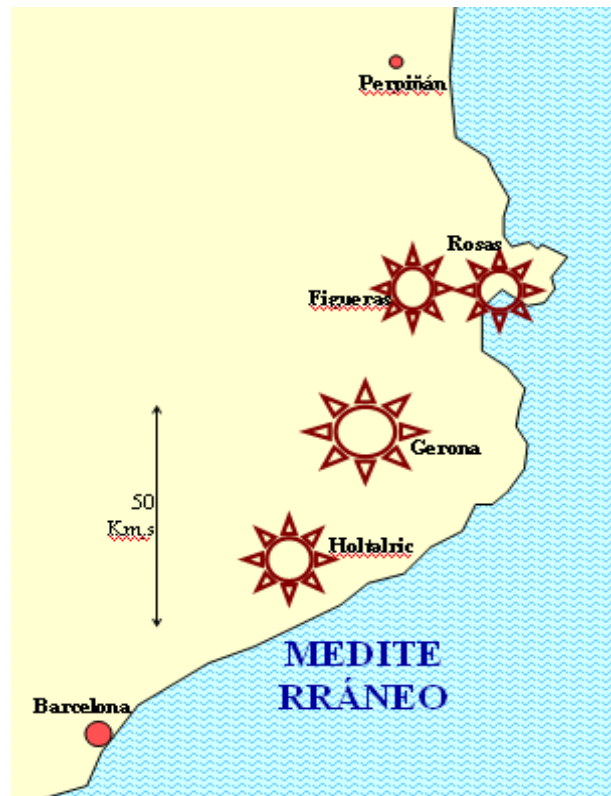
La seguridad de la frontera en Cataluña.

Veamos ahora con más detalle las distintas fases y teatros de operaciones que se pueden deducir a partir del cuadro resumen. Lo primero que observamos es la ocupación entre febrero y marzo de 1808 de las ciudadelas y fortificaciones emplazadas precisamente para cerrar la frontera francesa en caso de invasión. Se produjo así la toma, mediante estratagemas o en cumplimiento de órdenes del Gobierno español, de Pamplona, Barcelona (castillo de Montjuich y ciudadela), San Sebastián, San Fernando de Figueras y Santa Engracia de Pancorbo, por lo que la frontera quedó expedita y pudieron seguir entrando unidades sin que ninguna de esas fortificaciones creara problemas.

En los primeros momentos de la guerra, en el verano de 1808, sólo se dieron los asedios de Zaragoza (enlace entre las vías de penetración de los Pirineos Orientales y Occidentales) y los dos primeros sitios de Gerona (no muy importantes desde el punto de vista militar pero sí simbólico), para asegurar las comunicaciones entre Barcelona y Francia. A ellos habría que sumarles el ataque a Valencia del 28 de junio, que no es un asedio propiamente dicho, pero sí un asalto a ciudad fortificada.

En el invierno de ese mismo año sólo se dieron los casos de Zaragoza (que sumaba su carácter mítico por la victoria del Primer Sitio a su importancia como nudo de comunicaciones) y de Rosas, ante el peligro de que se convirtiera en una base marítima británica en una de las principales rutas de comunicación entre España y Francia. Vemos, por tanto, que en los primeros meses se produjeron pocos asedios, dado que el ejército francés estaba llevando a cabo operaciones en profundidad, de acuerdo al plan estratégico de Napoleón de alcanzar y mantener Lisboa, Cádiz y Valencia, con Madrid como punto central.

A lo largo de 1809 y primeros meses de 1810, y debido a la Campaña de Austria antes mencionada, los franceses tuvieron escasez de hombres y por ello sólo se implicaron en los asedios que consideraron absolutamente imprescindibles para mantener las comunicaciones con su país. Fue el caso de Gerona y Hostalric, que amenazaban la vía de comunicación natural del Mediterráneo (la vasco-castellana, a través de Vitoria, Burgos y Valladolid, estuvo asegurada hasta 1812). En la misma zona y por el mismo motivo, pero en un momento posterior, sería prioritaria para ellos la recuperación del castillo de Figueras, en 1811, a pesar de coincidir en el tiempo con el Sitio de Tarragona, operación compleja en la que se sucedieron acciones de asedio, combates en campo abierto y hasta desembarcos a retaguardia de los sitiadores. Es de destacar que también los españoles eran conscientes de la importancia de estas posiciones y de ahí su enconada defensa, técnicamente muy acertada, y los sucesivos intentos de socorro a Gerona, como el bien concertado y exitoso del 1 de septiembre, y Figueras.

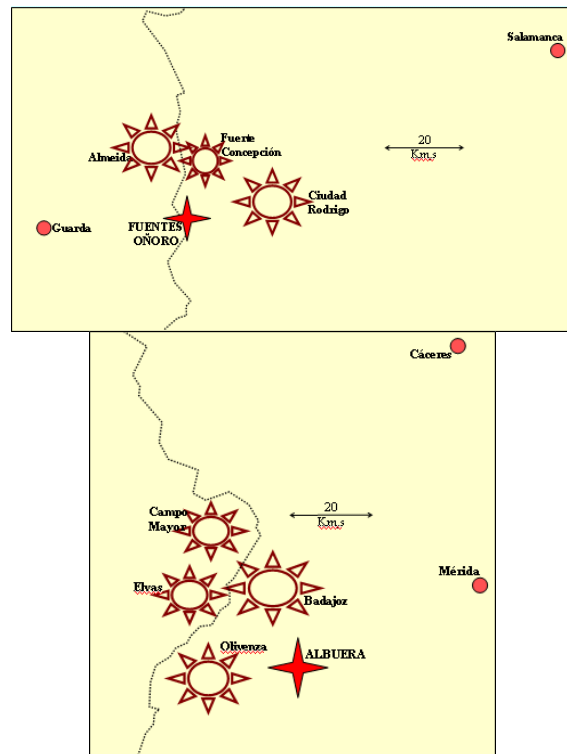
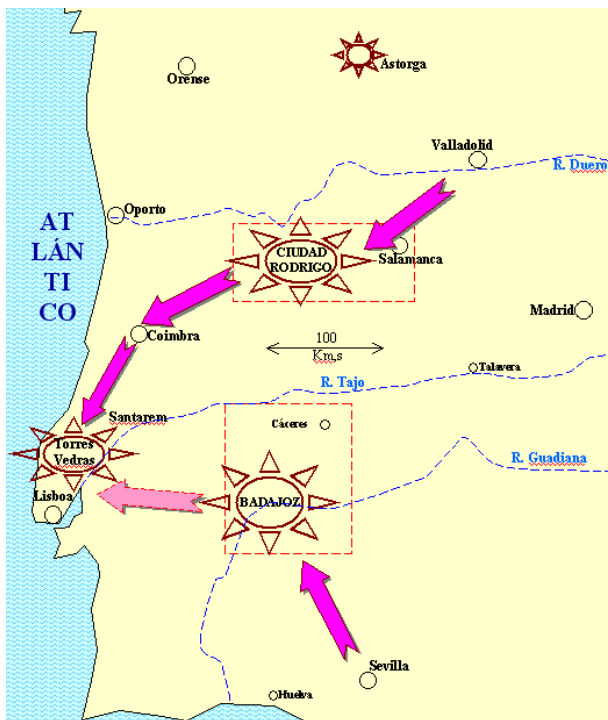


Estamos, pues, ante una campaña de asedios con carácter estratégico defensivo, con la que no se pretende asegurar un objetivo, sino asegurar las vías de comunicación y logísticas frente a la amenaza del Ejército Español, que controló el interior de Cataluña durante toda la guerra.

Un caso peculiar de esos primeros meses de guerra fue el de Galicia, donde la insurrección generalizada contra los franceses se tradujo en los peculiares bloqueos de Vigo y Lugo, así como varias acciones menores más. A efectos del análisis global de las circunstancias y consecuencias de la guerra de sitios no dejan de ser anécdotas a añadir al apasionante relato de la participación de Galicia en el conflicto.

La invasión de Portugal (1810-11).

En la primavera de 1810 asistimos a una nueva fase, caracterizada por el establecimiento de asedios en dos teatros de operaciones a la vez. Por un lado, Suchet avanzaba hacia el Mediterráneo, sitiando (y ocupando) Lérida y Mequinenza, mientras Masséna comenzaba las operaciones previas a la invasión de Portugal con la que pretendía expulsar a los británicos de la Península. Esta simultaneidad se cortó ese verano, dando paso a una alternancia en los esfuerzos sobre la que luego volveremos. En cualquier caso, entre marzo de 1810 y febrero de 1812 los franceses llevaron a cabo catorce asedios mayores en estos dos escenarios, a los que habría que añadir los peculiares casos de Cádiz, Tarifa y Figueras. Por ello, una primer lectura nos diría que esta fase corresponde a una gran superioridad de los franceses. Ya sabemos que en parte fue así, aunque del análisis de la secuencia de asedios también pueden deducirse otras conclusiones.



Por un lado tenemos el teatro de operaciones de la raya de Portugal, que contaba con dos vías de penetración fundamentales hacia Lisboa, en torno a Ciudad Rodrigo y Badajoz. Masséna empleó el eje del Norte, por lo que tuvo que dominar las fortalezas enfrentadas de Ciudad Rodrigo y Fuerte Concepción (españolas) y Almeida (portuguesa). Y como paso previo debió eliminar el peligro de ataques del ejército gallego desde su flanco derecho, por lo que tuvo que ocupar Astorga. La obstinada defensa española en estos puntos hizo perder a los franceses más de cinco meses de la primavera y verano de 1810, precisamente los mejores para su avance por un territorio pobre y mal comunicado como el del centro de Portugal. Ese tiempo fue aprovechado por Wellington para aplicar la táctica de tierra quemada y crear unas grandes fortificaciones en Torres Vedras, cerrando la península de Lisboa:

Le 18 juillet 1810, n'ayant pas les moyens de faire durer le siège plus longtemps, et ne voyant pas arriver les troupes britanniques, Herrasti fait cesser le combat [en Ciudad Rodrigo]. Masséna a perdu 77 jours, les temps suffisant pour l'amener en plein cœur du Portugal au début de l'hiver 1810, sans possibilité de trouver les moyens de se ravitailler sur place. Peu de places arrêtent l'armée impériale mais elles occupent une grande partie de ses moyens et la ralentissent suffisamment pour limiter son efficacité¹⁶.

El resultado fue que Masséna tuvo que llevar a cabo su avance por tierras portuguesas a lo largo del mes de septiembre, en lugar del previsto junio. Y cuando llegó a las puertas de Lisboa se encontró con la sorpresa de una línea defensiva que no pudo superar. Decidió crear su propio campo fortificado en Santarém y ambos ejércitos quedaron enfrentados, pero sin choques importantes durante todo el invierno. Los franceses no estuvieron inactivos, pues pretendieron traer nuevas fuerzas desde Andalucía, a través de Badajoz. Pero las tropas de Soult encontraron unos problemas similares a las de Masséna unos meses antes: el asedio y toma de Olivenza, Badajoz y Campo Mayor (es preciso tener en cuenta que estas operaciones eran simultáneas al asedio de Cádiz, donde se debilitaron las líneas del cerco, dando así ocasión a la batalla de Chiclana).

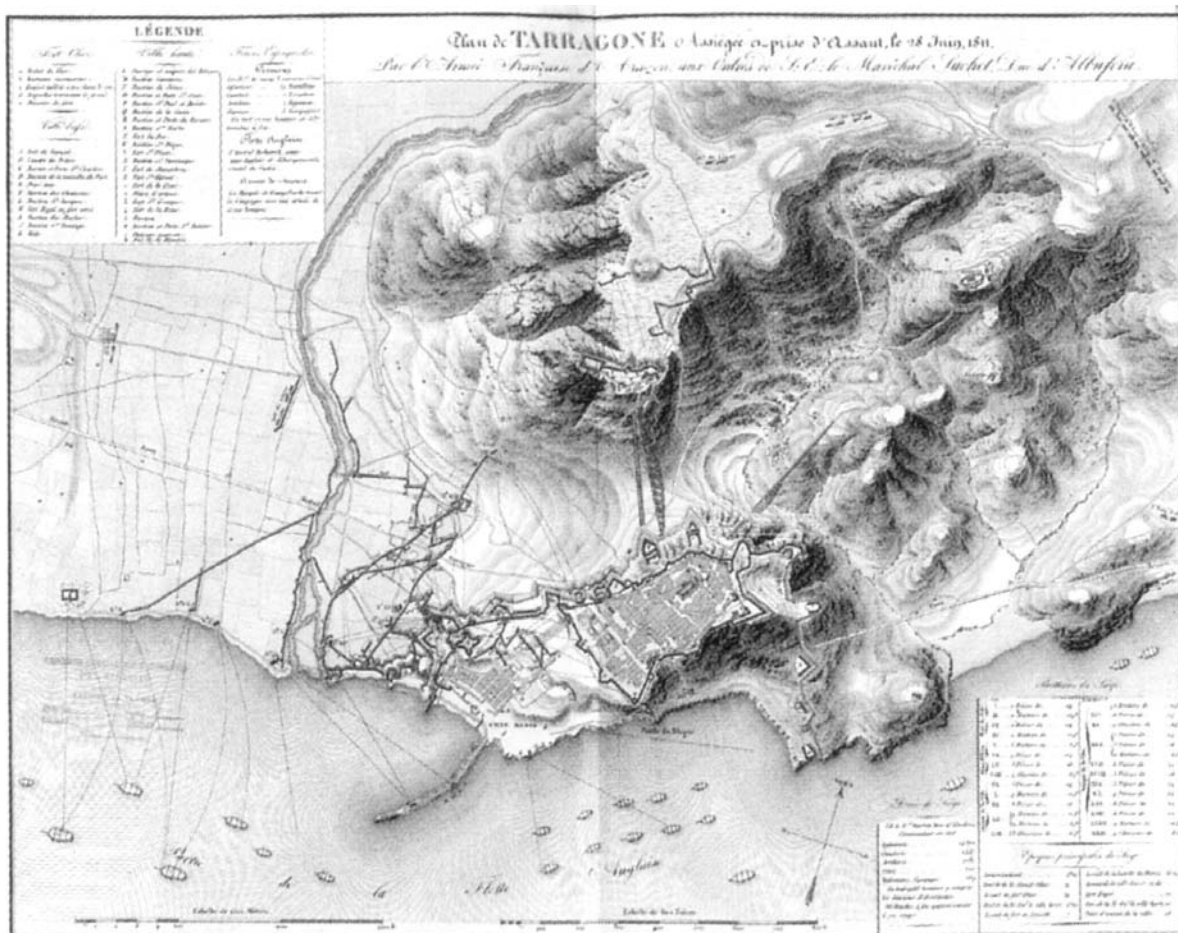
Para cuando Soult consiguió tener expedita la frontera, a finales de marzo, la situación había cambiado mucho, pues Masséna se estaba replegando hacia Salamanca con el permanente acoso

¹⁶ RODRIGUEZ, J.: op.cit., p. 49.

británico. Ya no tenía sentido avanzar hacia Lisboa por el Sur y ni llegó a plantearse el asedio a Elvas, dando tiempo a que llegara Beresford para recuperar Campo Mayor sólo cuatro días después de su caída. De hecho, de forma inmediata se produjeron los dos primeros asedios británicos a Badajoz, que dieron lugar a la Batalla de la Albuera. Y de forma casi simultánea se estableció el bloqueo de Almeida, con su correspondiente Batalla de Fuentes de Oñoro, donde sólo las rencillas entre los mariscales Masséna y Bessières salvaron a Wellington de una gran derrota. En ese momento cambió el papel de los franceses en la raya de Portugal: de asediadores pasaron a ser asediados.

Suchet: la larga marcha hacia Valencia.

Veamos ahora qué ocurría entretanto en el otro teatro de operaciones de los asedios, el Mediterráneo. El principal objetivo de Suchet era Valencia y en febrero de 1810 hizo un primer intento a través de Teruel, fracasado por la carencia de fuerzas suficientes en una zona plagada de unidades guerrilleras. Por ello cambió su plan, a fin de seguir el itinerario, mucho más largo pero más seguro, del Ebro y la costa. Ello le llevó a plantear, en una primera fase, la ocupación de Lérida y Mequinenza para asegurar su posición en Aragón frente a acciones tan peligrosas como la de Blake en Alcañiz (mayo de 1809). Lo consiguió en la primavera de 1810 y luego detuvo su progresión. El principal motivo de tal cambio de actitud fue la preparación de la invasión de Portugal, que detrajo tropas y abastecimientos del resto de los teatros. La única operación importante de estos meses fue la toma de Tortosa, que permitió a los franceses cortar las comunicaciones españolas entre Valencia y Tarragona.



Plano del asedio a Tarragona (1811). Centro Geográfico del Ejército.

Nº CT-199 de *Cartografía de la Guerra de la Independencia*, Ministerio de Defensa & Ollero Ramos Editores, Madrid, 2008, p. 328

Al fracasar Masséna en Portugal, Napoleón ordenó un nuevo cambio en el objetivo principal, que pasó a ser Valencia. Por ello, en el otoño de 1811 Marmont (sucesor de Masséna) tuvo que entregar 10.000 hombres a Suchet, quien reanudó su periplo sitiador. El primer paso fue la ocupación de Tarragona (mayo y junio de 1811), con la que aseguró su retaguardia frente a eventuales acciones de los españoles desde Cataluña o de los británicos desde el Mediterráneo. Como se ha comentado previamente, este asedio fue muy complejo, tanto por la cantidad y variedad de medios empleados, como por las acciones paralelas que se desarrollaron en Figueras y en la costa, con desembarcos de fuerzas provenientes de Cádiz.

A continuación tuvo lugar el avance a lo largo del litoral mediterráneo en el otoño de 1811. Fueron cayendo sucesivamente Oropesa, Sagunto, Valencia y Peñíscola. Como ya se ha comentado antes, este avance fue en parte favorecido por la incompetencia del general Joaquín Blake, cuya carrera a lo largo de toda la guerra estuvo tan llena de fracasos como de altas responsabilidades inmerecidas. De hecho, el avance de Suchet se aceleró notablemente a raíz de la mala planificación española del socorro al castillo de Sagunto el 25 de octubre, que permitió ocupar la fortaleza y arrastró a Valencia y Peñíscola en una campaña de sólo cuatro meses y sin excesivas bajas para el bando francés. Tampoco hay que olvidar que Gabriel Suchet fue el mejor general napoleónico en la Península, y el único que ganó aquí su ascenso a mariscal y un título referente a la *Guerre d'Espagne*, el de Duque de la Albufera.



Sin embargo, este importante éxito se vio empañado por la situación en la retaguardia francesa, pues la disminución de fuerzas de ocupación en Navarra y Aragón permitió el incremento de la actividad guerrillera, con acciones tan destacadas como la toma de Ejea de los Caballeros y Calatayud.

Los asedios aliados.

Podría parecer que la ocupación de Valencia suponía el momento culminante de la ocupación francesa y que la guerra estaba a punto de terminar con la victoria de las fuerzas imperiales. De hecho, el propio Napoleón parecía ser de esa opinión porque se lanzó a preparar la invasión de Rusia, abriendo un importante segundo frente. Pero en realidad, ese avance mediterráneo se había hecho a costa de debilitar las fuerzas que cubrían la frontera portuguesa, momento aprovechado por Wellington para cercar y ocupar Ciudad Rodrigo y Badajoz a comienzos de 1812. Con ello consiguió una magnífica base de operaciones para el futuro.

Para ello había tenido que preparar durante meses a sus fuerzas para la guerra de asedios, con el establecimiento de trenes de sitio y preparación de personal técnico. Además, en Ciudad Rodrigo se encontraba el tren de sitio francés, por lo que fue capturado con la plaza. De esa forma se liquidaban las posibilidades imperiales de asediar plazas en ese teatro de operaciones. De hecho, cuando Marmont llevó a cabo una incursión en Portugal, en abril de ese mismo año, tuvo que limitarse a bloquear la propia Ciudad Rodrigo, sin plantearse un asedio formal, y hubo de replegarse ante la aproximación de Wellington careciendo de tan importante punto de apoyo.

Es preciso tener en cuenta que el avance francés por dos líneas de avance hacia objetivos estratégicos (Lisboa y Valencia) coincidió en el tiempo con el infructuoso bloqueo terrestre de Cádiz,

en el que los imperiales tuvieron hipotecados a unos 20.000 hombres de media durante más de dos años, y siempre con el riesgo de un ataque desde retaguardia, pues la ciudad se empleaba como base de operaciones anfibia (Niebla, Algeciras, Sanlúcar...) y hasta dio ocasión a la batalla de Chiclana. Precisamente, salvo la pervivencia durante unos meses del asedio de Cádiz y algunos casos menores, a comienzos de 1812 los imperiales pasaron de asediar a ser asediados en toda la Península.

Era el momento de Wellington y su ofensiva del verano de 1812, que arrancó con la victoria de Arapiles (22 de julio), prosiguió con su triunfal entrada en Madrid y se vio cortada por el fracaso ante Burgos. La campaña terminó con la retirada anglo-portuguesa hacia su santuario portugués, dejando guarniciones españolas para retardar el avance francés, como fue el caso del teniente coronel José Miranda en Alba de Tormes, donde ganó once valiosos días con la defensa de unas fortificaciones medievales de escaso valor.

Una característica peculiar de este periodo es la gran cantidad de fallos técnicos e improvisación en los asedios. Es preciso tener en cuenta que los británicos no tenían experiencia previa en asedios; en la isla no necesitaban castillos, porque no habían sido invadidos, y los ejércitos expedicionarios británicos durante el siglo XVIII nunca habían combatido en asedios, por lo que no contaban con un experimentado un cuerpo de Ingenieros y el tren de sitio de artillería pesada se basaba en cañones navales (llegaron a utilizarse también piezas medievales portuguesas de Elvas). Por todo ello, el bloqueo de Almeida fue una auténtica chapuza, los dos primeros asedios de Badajoz un fracaso tremendo, y el sitio de Burgos se caracterizó por la improvisación frente a la metódica defensa francesa. Por todo ello los ingleses tuvieron que ir aprendiendo sobre la marcha.

Además, había una característica curiosa del soldado británico que afectaba al modo de conducir los asedios: despreciaba el trabajo, prefería asaltar a picar. Además, la participación (y supervivencia) en una partida de asalto aseguraba a sus miembros (todos ellos voluntarios) la posibilidad de botín y promoción profesional. De ahí que los asedios británicos fueran más rápidos y agresivos que los franceses; con un empleo masivo de artillería se abrían grandes brechas y se pasaba al asalto cuanto antes. Y todo ello unido a golpes de mano, asaltos nocturnos...

La toma de Ciudad Rodrigo [con un asalto nocturno el 19 de enero de 1812], la primera operación exitosa de este tipo del ejército británico en la Guerra Peninsular, fue un logro notable por el que Wellington recibió un título de Conde [en realidad, de Duque]. Se desarrolló de acuerdo a un plan, y aunque la decisión de asaltar desde la segunda paralela, en lugar de continuar con los trabajos hasta la contraescarpa, probablemente provocó más bajas, sin duda ahorró tiempo, que era el principal objetivo¹⁷.

Otra peculiaridad de Wellington era el pequeño tamaño de su ejército, lo que le obligaba a hacer la guerra siempre pendiente de la llegada de fuerzas francesas. Así el asedio de Ciudad Rodrigo dependía de la llegada de Marmont desde Salamanca, y éste a su vez de la devolución de las tropas que había cedido previamente a Suchet para la ocupación de Valencia. Algo parecido había ocurrido en los dos primeros sitios de Badajoz, entre mayo y junio de 1811, cuando tuvo que estar pendiente de la llegada de Soult desde Andalucía o de Masséna desde Salamanca.

En la progresión final de 1813, Wellington no tuvo que llevar a cabo asedios, dado que contó con la cooperación de las fuerzas españolas que cubrían sus flancos y dejaban bloqueadas numerosas posiciones de tamaño muy dispar (Pamplona, Santoña, Tarragona, Benasque, castillo de la Aljafería...), que no podían ser asediadas en toda regla por la carencia de tren de sitio. Sólo tuvo que aplicar sus expeditivos métodos de asedio en San Sebastián, donde una vez más los asediadores británicos cometieron errores técnicos, vencieron a las fuerzas francesas de socorro (Sorauren y San Marcial) y concluyeron tomando las fortificaciones con ejemplos de audacia y valor, en este caso

¹⁷ MYATT, Frederick: op.cit., p. 77: "The taking of Ciudad Rodrigo, the first successful operation of its type conducted by the British Army in the Peninsular War, was a notable achievement for which Wellington very properly received an earldom. It went very much according to a plan, and although the decision to assault from the second parallel instead of carrying the works forward to the counterscarp probably increased the casualties, it undoubtedly saved time, which was its main object". Traducción del autor.

protagonizados por tropas portuguesas. Y una vez más se vieron las escenas de saqueo e incendio protagonizadas por nuestros aliados con demasiada frecuencia durante la guerra.

Al final del verano de 1813, los franceses habían sido expulsados de casi toda España. Ante una posible reacción en los Pirineos Occidentales, mantuvieron en su poder las plazas de Santoña y Pamplona, bloqueadas por fuerzas españolas. Cuando cayó esta última, el 31 de octubre, Wellington consideró que su flanco derecho estaba cubierto y pudo entrar en territorio francés, donde terminó la guerra con la firma de los convenios de Toulouse el 18 de abril.

Sin embargo, hasta el último momento hubo fuerzas imperiales en la Península, pues Suchet había ido replegándose ordenadamente hacia la frontera, derrotando varias veces a las fuerzas británicas y españolas que se le oponían y dejando guarniciones aguerridas y bien pertrechadas en plazas de Valencia, Cataluña y el Pirineo aragonés. Ante la falta de artillería pesada, los españoles tuvieron que limitarse a bloquearlas, intentar derribar sus murallas con minas (donde destaca el caso de Monzón) o utilizar argucias como la ideada por Van Halen, que falsificó órdenes de Suchet con las que se entregaron las plazas de Lérida y Mequinenza.

Conclusiones.

La guerra de sitios es una característica peculiar de la Guerra de la Independencia (más bien de la Guerra Peninsular), pues en las campañas napoleónicas no hubo otro teatro de operaciones donde se desarrollaran en tan gran número y duración. Las causas de esta excepción fueron la gran compartimentación del territorio y su pobreza agrícola, que no permitían desarrollar la movilidad y el autoabastecimiento propios de los ejércitos napoleónicos. La conjunción de estas características geográficas con la actividad de las guerrillas y la amenaza de los ejércitos españoles de las zonas libres (Galicia desde el verano de 1809, Levante hasta comienzos de 1812, el interior de Cataluña y el Maestrazgo durante casi toda la guerra) obligó a los franceses a dejar gran número de pequeñas guarniciones en la retaguardia, trayendo fuerzas para la derrota de su enemigo principal, Wellesley.

El general Cassinello ha expresado recientemente su opinión acerca de la guerra de sitios, desde el punto de vista exclusivamente español:

En cuanto a su rendimiento general, hemos de considerarlo pésimo: basta señalar que en este tipo de acciones perdimos más de 100.000 hombres, entre muertos y prisioneros después de las capitulaciones, o pasados a cuchillo, como lo fue la guarnición de Tarragona por negarse a capitular, y aquí no se incluyen las pérdidas en la población civil, diezmada por las enfermedades y los combates en los que tan generosamente participó¹⁸.

Sin embargo, desde un punto de vista más pragmático, podemos considerar que el enorme desgaste que sufrieron los franceses en las operaciones de asedio afectó notablemente a sus posibilidades operacionales o incluso estratégicas. Hemos visto que no fueron capaces de llevar a cabo simultáneamente las campañas ofensivas en Portugal, el Mediterráneo y Cádiz en 1810 y 1811, cuando tenían gran superioridad sobre el resto de los ejércitos enfrentados, precisamente por las grandes necesidades logísticas y de mando y control que suponían los asedios planteados. Los franceses no pudieron llevar a cabo los designios estratégicos de su Emperador porque la resistencia en puntos inicialmente secundarios (Astorga, Ciudad Rodrigo, Badajoz...) retardó las operaciones en profundidad, haciendo perder además las mejores épocas para la ofensiva.

Es más, jugando a los futuribles, podríamos preguntarnos qué habría pasado si los cincuenta mil soldados franceses que estuvieron durante cuatro meses implicados en el Segundo Sitio de Zaragoza (desde la Batalla de Tudela, el 23 de noviembre de 1808, hasta la salida de las largas cuerdas de presos hacia Francia, ya avanzado el mes de marzo de 1809) hubieran podido ir al Oeste en el momento en que Soult y Ney combatían en Galicia y el Norte de Portugal, antes de la llegada de Wellesley a Lisboa, en abril de 1809.

¹⁸CASSINELLO PÉREZ, Andrés: op. cit., p. 85.

Desde el punto de vista técnico, es muy interesante ver la diferencia entre cómo asediaban los británicos y cómo lo hacían los franceses. Digamos que era el corazón frente al método o, como decían los británicos, “la sangre frente al sudor”; Wellington prefería derramar la sangre de sus soldados asaltando un bastión antes que el sudor de dos meses picando y mirando a sus espaldas por si se acercaban los franceses

Y para finalizar, sólo quiero hacer una breve mención a la tan citada excepción: Zaragoza. Es el único caso en que se combatió muchos días dentro del casco urbano, el único de una ciudad de gran tamaño asediada, el único de transformación de tapias de conventos en una fortificación moderna durante la guerra. Los franceses tuvieron que aplicar técnicas de aproche e incluso hacer amplio uso de las minas para reducir el número de bajas que les producían los combates callejeros en trincheras, barricadas y casa por casa, un tipo de guerra para el que el ejército francés no estaba preparado, pero para el que se adaptó rápidamente. Los zaragozanos, especialmente después de lo ocurrido en el Primer Sitio, pensaron que la trinchera a defender era la propia ciudad, cuando se tenía que haber llevado el combate a líneas exteriores para intentar cortar las vitales y muy vulnerables vías de comunicación y rutas logísticas. Finalmente, la ciudad tuvo que capitular por el tifus provocado por el hacinamiento de las tropas. Desde luego, es el ejemplo extremo de lo que supuso la Guerra de la Independencia.

ANEXO: RELACIÓN DE ASEDIOS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA (1808-1814)

NOTAS:

1. Elaboración propia a partir de diversas fuentes.
2. Se incluye gran número de acciones relacionadas con plazas fuertes, aun cuando en bastantes casos no se planteara un asedio en regla.
3. Como fecha de inicio se marca la de la primera operación relacionada con el asedio, que puede ser un ataque, el bloqueo o el asedio propiamente dicho. Como fecha de final se marca la de la entrega de armas de la guarnición, que normalmente es al día siguiente del fin de los combates y firma de la capitulación. En cualquier caso, en las diversas fuentes pueden apreciarse diversas dataciones.
4. En mayúsculas se han indicado las batallas relacionadas con el asedio.

ASEDIAN LOS FRANCESES
ASEDIAN LOS ALIADOS

Plaza	Detalles
	Plazas ocupadas por los franceses mediante argucias o en cumplimiento de órdenes del Gobierno Español, antes del Dos de Mayo: <ul style="list-style-type: none"> - Pamplona: 16 febrero 1808. - Barcelona: 29 febrero 1808. - San Sebastián: 5 marzo 1808. - Fuertes de Pancorbo: 10 marzo 1808. - San Fernando de Figueras: 18 marzo 1808.
Zaragoza: 15 junio -14 agosto 1808	Defensor: Capitán General José de Palafox, español. Atacante: General Barón Verdier, francés. Resultado: Tras diez días de combates dentro de la ciudad, con la brecha abierta, los franceses se retiran como parte de la reorganización tras Bailén.
Gerona (ataque): 20 junio de 1808	Defensor: Coronel O'Donovan y Coronel La Valeta, españoles. Atacante: General Philibert Duhesme, francés. Resultado: Rechazados, los franceses deben replegarse hacia Barcelona.
Valencia (ataque): 28 de junio de 1808	Defensor: Junta de Valencia. Atacante: Mariscal Moncey, francés. Resultado: Rechazado, los franceses deben replegarse hacia Madrid.
Gerona: 24 julio - 16 agosto 1808	Defensor: Julián Bolívar, español. Atacante: Generales Philibert Duhesme y Honoré Reille, franceses. Resultado: Abandono del asedio por la llegada de refuerzos españoles.
Almeida: 10 agosto – 5 octubre 1808	Defensor: Franceses. Atacante: Milicias portuguesas. Resultado: Relevo de la guarnición francesa por una británica (Convenio de Cintra).
Elvas: 7 - 20 septiembre 1808	Defensor: Jefe Bón. Girod de Novilars, francés. Atacante: Mariscal Antonio de Arce, español. Resultado: Relevo de la guarnición francesa por una británica (Convenio de Cintra).
Rosas: 7 noviembre - 5 diciembre 1808	Defensor: Coronel Pedro O'Daly, español, y Lord Cochrane, de la Royal Navy, británico (fuerte de la Trinidad). Atacante: General Reille. Resultado: La guarnición capitula tras la apertura de una brecha.
Madrid: 3-4 diciembre 1808	Defensor: Marqués de Castelar, español. Atacante: Napoleón Bonaparte. Resultado: La ciudad queda en manos francesas tras un breve bombardeo y algunos combates. Gran parte de la guarnición la abandona.
Zaragoza: 21 diciembre 1808 - 21 febrero 1809	Defensor: Capitán General José de Palafox, español. Atacante: Mariscal Bon-Adrien de Moncey, General Andoche Junot a partir del 29 diciembre, y Mariscal Jean Lannes a partir del 22 enero, franceses. Resultado: Capitulación por epidemia tras veinticuatro días con dos brechas abiertas, combates callejeros y guerra de minas.
El Ferrol: 24 - 27 de enero de 1809.	Defensor: Españoles. Atacante: General Mermet. Resultado: Capitulación tras la toma de los principales castillos.

Plaza	Detalles
Chaves: 20 - 25 marzo 1809.	Defensor: Messenger, francés. Atacante: Brigadier Francisco da Silveira, portugués. Resultado: La guarnición francesa se rinde.
Vigo: 27 marzo 1809.	Defensor: General Chalot, francés. Atacante: Coronel Pablo Morillo, español, con apoyo de la flotilla británica de George MacKinley. Resultado: Se rinde la guarnición.
Lugo: 18 - 22 mayo 1809	Defensor: General Fournier, francés. Atacante: General Nicolás Mahy, español. Resultado: Levantamiento del sitio por la aproximación del ejército del mariscal Soult, que se retiraba de Portugal.
Gerona: 6 junio - 10 diciembre 1809	Defensor: Mariano Álvarez de Castro, español. Atacante: General Verdier y Mariscal Pierre Augereau, francés. Resultado: La guarnición capitula por hambre.
Astorga (ataque): 9 octubre 1809	Defensor: Coronel José María de Santocildes, español. Atacante: General Carrier, francés. Resultado: Fracasa el ataque, repliegue francés..
Cádiz: 5 febrero 1810 - 25 agosto 1812	Defensor inicial: Duque de Alburquerque, español, con apoyo de la escuadras española y británica. Atacante: Mariscal Victor, francés. Debido a su larga duración, hubo notables cambios en los jefes y entidades de las fuerzas enfrentadas. En realidad es un bloqueo terrestre, pues siguió abierta la vía marítima y la ciudad fue empleada como base de operaciones navales (Niebla, Algeciras, Sanlúcar...) → CHICLANA (5 de marzo de 1811). Resultado: Levantamiento del bloqueo como consecuencia de la batalla de Arapiles.
Hostalric: 13 enero – 12 abril 1810	Defensor: Coronel Julián de Estrada, español. Atacante: Franceses. Resultado: La villa fue ocupada el 20 de enero, encerrándose la guarnición en el castillo. Sometido a bombardeo, la guarnición rompió el cerco.
Astorga: 21 marzo - 22 abril 1810	Defensor: Coronel José María de Santocildes, español. Atacante: General Andoche Junot, francés. Resultado: Capitulación de la guarnición tras la apertura de una brecha y el agotamiento de las municiones.
Lérida: 13 abril - 14 mayo 1810	Defensor: General Jaime García Conde, español. Atacante: General Louis Suchet, francés. Resultado: Capitulación de la guarnición después del bombardeo de la población civil.
Ciudad Rodrigo: 26 abril - 10 julio 1810	Defensor: General Andrés Pérez de Herrasti, español. Atacante: Mariscal Michel Ney, francés. Resultado: Capitulación cuando la defensa se hace imposible tras la apertura de una brecha.

Plaza	Detalles
Mequinenza: 19 mayo - 8junio 1810	Defensor: Coronel Manuel Carbón, español. Atacante: General Musnier, francés. Resultado: Capitulación cuando la defensa se hace imposible tras la apertura de una brecha
Fuerte Concepción: 21 julio 1810	Defensor: Capitán John Burgoyne, británico. Atacante: Franceses. Resultado: Volado ante la aproximación francesa.
Almeida: 15 - 28 agosto 1810	Defensor: Brigadier William Cox, tropas portuguesas. Atacante: Mariscal Michel Ney, francés. Resultado: Capitula la guarnición tras la explosión del polvorín.
Torres Vedras / Santarem: 12 octubre 1810 – 4 marzo 1811	Defensor: Lord Wellington, tropas anglo portuguesas. Atacante: Mariscal Masséna, francés. Resultado: Retirada francesa a Salamanca, tras fracasar los asaltos y no llegar Soult desde Sevilla vía Badajoz.
Fuengirola: 12 - 13 oct 1810	Defensor: Capitán Mlokosewitz, tropas polacas. Atacante: Lord Blayney, británico. Resultado: Victoria polaca tras salida.
Tortosa: 16 diciembre 1810 - 2 enero 1811	Defensor: General Conde de Alacha, español. Atacante: General Suchet, francés. Resultado: Capitulación tras bombardeo.
Olivenza: 11 – 23 enero 1811	Defensor: General Manuel Herk, español. Atacante: Mariscal Jean de Dieu Soult, francés. Resultado: La guarnición capitula tras la apertura de una brecha.
Badajoz: 26 enero - 10 marzo 1811	Defensor: Generales Rafael Menacho y José Imaz, españoles. Atacante: Mariscal Soult, francés. Resultado: La guarnición capitula tras la apertura de una brecha. → GÉVORA (19FEB1811)
Campo Mayor: 15 - 21marzo 1811	Defensor: Comandante José Joaquim Talaya, portugués. Atacante: Mariscal Mortier, francés. Resultado: Capitulación cuando la defensa se hace imposible. La plaza es recuperada por Beresford cuatro días después.
San Fernando de Figueras: 13 abril – 19 agosto 1811	Defensor: General Juan Antonio Martínez, español. Atacante: Baraguay d'Hilliers, francés Resultado: Capitulación. El castillo había caído en manos españolas el 10 de abril con un golpe de mano.
Almeida (bloqueo): 14 abril - 11 mayo 1811	Defensor: Antoine Brenier, francés. Atacante: Gen. William Erskine, tropas anglo-portuguesas Resultado: La guarnición vuela las murallas y consigue huir. → FUENTES DE OÑORO (05 MAY 1810).
Tarragona: 5 mayo - 28 junio 1811	Defensor: Generales Campoverde y Juan Senén Contreras, españoles. Atacante: General Suchet, francés. Resultado: La villa baja es ocupada el 21 junio, la alta el 28. Saqueo.

Plaza	Detalles
Badajoz: 6 - 14 mayo 1811	Defensor: General Armand Philippon, francés. Atacante: Mariscal William Beresford, tropas anglo-portuguesas Resultado: Levantamiento del asedio por la aproximación de refuerzos mandados por Soult.. → ALBUERA (16 MAY 1811)
Badajoz: 18 mayo - 16 junio 1811	Defensor: General Armand Philippon, francés. Atacante: Lord Wellington, tropas anglo-portuguesas.- Resultado: Abandono del asedio por la llegada de refuerzos de Marmont y Soult.
Sagunto: 23 septiembre - 26 octubre 1811	Defensor: Brigadier Luis María Andriani, español. Atacante: Mariscal Suchet, francés. Resultado: Tras la derrota de Blake en batalla campal, capitulación de la plaza. → SAGUNTO (25 OCT 1811)
Calatayud: 26 septiembre – 4 octubre 1811	Defensor: Franceses. Atacante: General José Durán, español. Resultado: La guarnición capitula tras la derrota de la fuerza de socorro.
Oropesa: 1 – 10 octubre 1811	Defensor: Capitán Pedro Gotti, español. Atacante: Brigadier Compère, francés. Resultado: Capitulación tras abrir brecha.
Tarifa: 20 diciembre 1811 - 5 enero 1812	Defensor: General Francisco Copons, español y coronel John Skerret, inglés. Atacante: General Jean François Laval, francés. Resultado: Tras el fracaso del asalto del 31 diciembre, se levanta el asedio por las lluvias torrenciales.
Valencia: 26 diciembre 1811 - 9 enero 1812	Defensor: General Joaquín Blake, español. Atacante: Mariscal Suchet, francés. Resultado: Capitulación de la plaza tras un intento de salida.
Ciudad Rodrigo: 7 - 20 enero 1812	Defensor: General Baron Barrié, francés. Atacante: Lord Wellington, tropas anglo-portuguesas. Resultado: Ocupación tras un asalto general. SAQUEO.
Peñíscola: 20 enero - 2 febrero 1812	Defensor: General Pedro García Navarro, español. Atacante: General Severoli, francés. Resultado: El gobernador entrega la plaza sin combatir.
Badajoz: 16 marzo - 6 abril 1812	Defensor: General Armand Philippon, francés. Atacante: Lord Wellington, tropas anglo-portuguesas. Resultado: Ocupación de la ciudad por asalto. SAQUEO.
Ciudad Rodrigo (bloqueo): 1 a 26 abril 1812	Defensor: Carlos España, español. Atacante: Mariscal Marmont, francés. Resultado: Se levanta el bloqueo por la aproximación de Wellington..
Puente de Almaraz: 19 mayo 1812	Defensor: Regimientos alemán, del Ejército Imperial. Atacante: General Hill, inglés. Resultado: Fuertes ocupados en asalto por sorpresa. Los británicos se repliegan tras destruirlos.
Fuertes de Salamanca: 17 - 27 junio 1812	Defensor: Jefe de batallón Duchemin, francés. Atacante: Lord Wellington, tropas anglo-portuguesas. Resultado: Rendición después de asalto. → SALAMANCA / ARAPILES (22 JUL 1812)

Plaza	Detalles
Astorga: 15 junio - 16 agosto 1812	Defensor: Comandante Bouchard, francés. Atacante: Coronel Pablo Eurile, español. Resultado: Capitula la guarnición.
Madrid (El Retiro): 13-14 agosto 1812	Defensor: Coronel Lafond, francés. Atacante: Lord Wellington, tropas anglo-portuguesas. Resultado: La guarnición se rinde tras unos breves tiroteos.
Burgos: 19 septiembre - 21 octubre 1812	Defensor: General Jean Dubreton, francés. Atacante: Lord Wellington, tropas anglo-portuguesas. Resultado: Abandono por la llegada de refuerzos franceses.
Alba de Tormes: 14 - 24 noviembre 1812	Defensor: Teniente coronel José Miranda Cabezón, español. Atacante: Franceses. Resultado: La villa es ocupada al asalto, gran parte de la guarnición consigue escapar.
Castro-Urdiales: 22 marzo - 11 mayo 1813	Defensor: Coronel Pedro Álvarez, español. Atacante: General Maximilien Foy, francés. Resultado: Tras la ruptura de las defensas, la guarnición es evacuada por mar. SAQUEO.
Pamplona (bloqueo): 25 junio - 31 octubre 1813	Defensor: General Baron Cassan, francés. Atacante: General Carlos España, español. Resultado: Rendición de la guarnición. → SORAUREN (25-30 JUL 1813)
San Sebastián: 26 junio – 27 julio 1813	Defensor: General Enmanuel Rey, francés. Atacante: Lord Wellington, tropas anglo- portuguesas. Resultado: Asedio levantado tras el fracaso de un primer asalto, convertido en bloqueo.
Fuertes de Pancorbo: 25 - 30 de junio de 1813.	Defensor: Franceses. Atacante: Enrique O'Donell, conde de <i>La Bisbal</i> , español Resultado: Capitulación tras bombardeo.
Zaragoza (Aljafería): 9 julio - 2 agosto 1813.	Defensor: Capitán Roquemont, francés. Atacante: Espoz y Mina, español. Resultado: La guarnición se rinde.
San Sebastián: 6 agosto - 8 septiembre 1813	Defensor: General Enmanuel Rey, francés. Atacante: General Graham, tropas anglo-portuguesas. Resultado: Ocupación de la plaza tras un asalto. SAQUEO. → SAN MARCIAL (31 AGO 1813)
Tarragona (bloqueo): 30 julio – 15 agosto 1813	Defensor: Bertoletti, italiano. Atacante: Lord Bentinck, británico. Resultado: Se levanta el asedio ante la llegada de Suchet, que rescata la guarnición y destruye las fortificaciones.

Plaza	Detalles
Jaca: 13 septiembre – 5 diciembre 1813	Defensor: Jefe de Bón Deshorties, francés. Atacante: Antonio Oro y Tcol Marcelino Oraá, españoles. Resultado: Ocupada al asalto, la guarnición se refugia en la Ciudadela.
Mequinenza: 12 febrero 1814	Defensor: General Bourgeois, francés. Atacante: Barón de Eroles, español Resultado: La guarnición se entrega al recibir una orden de Suchet falsificada por Van Halen.
Lérida: 14 febrero 1814	Defensor: Barón de Lamarque, francés. Atacante: Barón de Eroles, español. Resultado: La guarnición se entrega al recibir una orden de Suchet falsificada por Van Halen.
Castillo de Monzón: 10 octubre 1813 – 15 febrero 1814	Defensor: Capitán Boutan, francés. Atacante: División Navarra, de Espoz y Mina. Resultado: Capitulación tras la entrega de Lérida y Mequinenza.
Ciudadela de Jaca: 6 diciembre 1813 – 18 febrero 1814	Defensor: Jefe de Bón Deshorties, francés. Atacante: Espoz y Mina, español. Resultado: Capitulación.
Laredo / Santoña: Julio 1813 – 25 mayo 1814.	Defensor: Franceses. Atacante: Brigadier Diego del Barco y Juan José San Llorente. Resultado: Tras varios asaltos, la plaza de Santoña queda bloqueada hasta su entrega tras la finalización de la guerra.
Benasque: 27 febrero – 24 abril 1814.	Defensor: Jefe de batallón Fouqué, francés. Atacante: Coronel Sebastián Fernández, español. Resultado: Capitulación tras bombardeo y por carencia de suministros.
Bayona: 23 febrero - 26 abril 1814	Defensor: General Thouvenot, francés. Atacante: General John Hope, inglés. Resultado: Mantiene la resistencia hasta que se comunica el final de la guerra.
	Plazas en las que quedan guarniciones francesas bloqueadas. Son evacuadas tras el cese de hostilidades, en virtud de los convenios firmados en Toulouse el 18 y 19 de abril: <ul style="list-style-type: none"> - Tortosa: 18 mayo 1814. - Murviedro (Sagunto): 22 mayo 1814. - Peñíscola: 25 mayo 1814. - Santoña: 28 mayo 1814. - Barcelona: 28 mayo 1814. - Hostalric: 3 junio 1814. - San Fernando de Figueras: 4 junio 1814.

Bibliografía:

- BANÚS, Carlos: “El empleo de las minas en los sitios”, en *Memorial de Ingenieros del Ejército*, V (mayo), 1908.
- BELMAS, J.: *Zaragoza, 1808 y 1809. Los Sitios de Zaragoza vistos por un francés*. Comuniter, Zaragoza, 2003.
- CARRILLO DE ALBORNOZ Y GALBEÑO, Juan: “La fortificación abaluartada de la frontera”, en *Boletín de información del CESEDEN*, 299, 2007.
- CASSINELLO PÉREZ, Andrés: “Evolución de las campañas militares”, en MOLINER, A. (ed.), *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*. Nabla Ediciones, Barcelona, 2007.
- FLETCHER, Ian: *Fortresses of the Peninsular War 1808-14*. Osprey Publishing, Oxford, 2003.
- GAGO, F. y TEJEDO, F. (ed,s): *Diccionario militar de Raimundo Sanz de 1749*. Institución “Fernando el Católico”, Zaragoza, 2007.
- HERRERO PÉREZ, José Vicente: “La guerra de fortalezas en el periodo napoleónico (1796-1815)”, en *Revista de Historia Militar*, 91, 2001.
- LLAVE, Joaquín. (1908). “La fortificación y la poliorcética durante la Guerra de la Independencia”, en *Memorial de Ingenieros del Ejército*, V (mayo), 1908.
- MARTÍNEZ FERRER, José María. *La Artillería y los Ingenieros en la Poliorcética del Segundo Sitio*. I Premio “Los Sitios de Zaragoza”. Ayuntamiento de Zaragoza, 1986.
- MYATT, Frederick: *British sieges of the Peninsular War*. Spellmount, Gloucestershire, 2008
- PÉREZ FRANCÉS, José Antonio: “Artilleros e Ingenieros en la época de la Ilustración”, en VV.AA., *Luz y rito de Los Sitios de Zaragoza*. Zaragoza, Fundación 2008. Zaragoza, 2005.
- RODRÍGUEZ, J.: *Les fortifications pendant la Guerre d’Espagne (1808-1814). Evolution et enjeu des fortifications pendant la Guerre d’Indépendance espagnole: guerre conventionnelle et guerre d’occupation contre le guérilla*. Memoria inédita presentada a la Direction Générale de l’Enseignement et de la recherche, Saint-Cyr, 2006.
- RUDORFF, Raymond: (1974). *War to the Death. The Sieges of Saragossa, 1808-1809*, Londres, Hamish Hamilton, Londres, 1974. Reedición: Pen&Sword, South Yorkshire, 2008. Edición española: *Los Sitios de Zaragoza, 1808-1809*, Grijalbo, Barcelona, 1977.
- SERRANO MONTALVO, Antonio: “El pueblo en la Guerra de la Independencia: La resistencia en las ciudades”, en *La Guerra de la Independencia Española y Los Sitios de Zaragoza*. Cátedra “General Palafox” de Cultura Militar, Zaragoza, 1958.
- VV.AA.: *Cartografía de la Guerra de la Independencia*. Ministerio de Defensa & Ollero Ramos Editores, Madrid, 2008.